

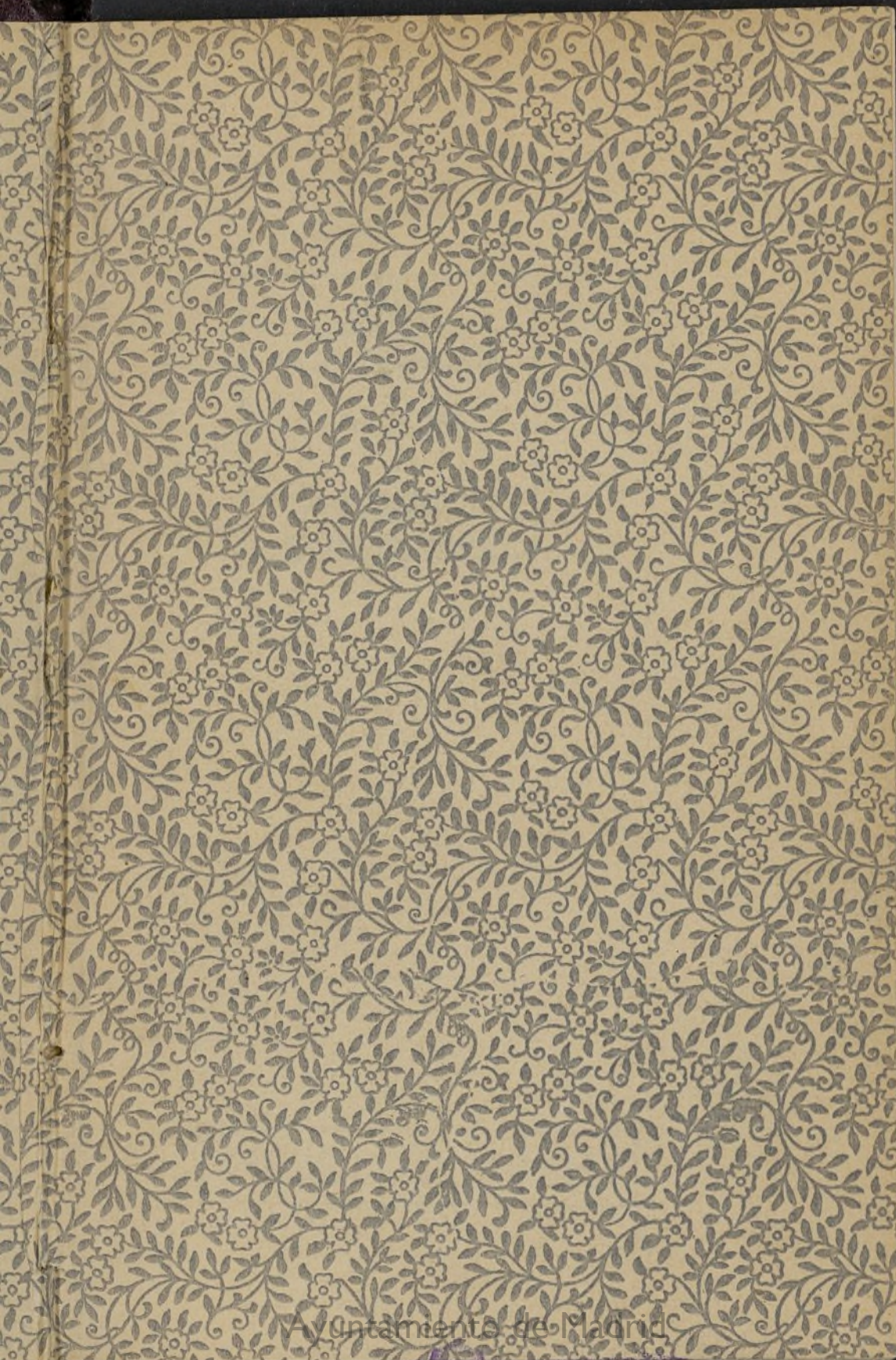


Nº 130

HEMEROTECA MUNICIPAL

Número de registro 190  
Estante a. H. 1  
Tabla 5  
Número de volúmenes 1  
Encuadernación







Ayuntamiento de Madrid



**IAM**  
SERVICIO DE  
MICROFILMACIÓN

29 DIC 2005

DOCUMENTO  
MICROFILMADO

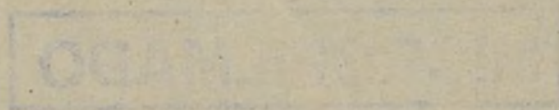
**MICROFILMADO**

Ayuntamiento de Madrid



8. 3

7-5 de p.







EL TÉ  
*DE LAS DAMAS.*

H





EL TE

DE LAS DAMAS.



# CONVERSACIONES

AGRADABLES É INSTRUCTIVAS

ENTRE

VARIAS SEÑORAS,

*en las cuales solo se trata de cosas pertenecientes al bello sexô, comprendiéndose su historia en general y particular ; las que se han distinguido por su hermosura, talento, valor, grandes virtudes ó vicios ; sus dichos y hechos célebres, anécdotas y sucesos notables, cuentos y novelas en las que se pinta el carácter de las mugeres, y las cualidades que las distinguen de los hombres.*

TOMO PRIMERO.

CUADERNO I.

CON LICENCIA.

IMPRENTA DE AGUADO, bajada de Santa Cruz

1827.

Ayuntamiento de Madrid

HERMERO  
MUNICIPAL

MADRID



CONVERSACIONES  
AGRADABLES E INSTRUCTIVAS

ENTRE

VARIAS SEÑORAS

en las cuales solo se trata de cosas pertenecientes al  
bello sexo, comprendiéndose su historia en general y  
particular; las que se han distinguido por su armoni-  
a, talento, color, grandes virtudes o defectos; sus di-  
chos y hechos célebres, anécdotas y sucesos notables,  
cuentos y novelas en las que se pinta el carácter de las  
mujeres, y las cualidades que las distinguen de los  
hombres.

TOMO PRIMERO.

MUNICIPAL

MADRID

CUADERNO I.

CON LICENCIA

ENTRETA DE AGUADO, Calle de Santa Cruz

1827





## ADVERTENCIA.

---



BIENESTAR  
MUNICIPAL  
MADRID

**E**n una casa principal de esta Corte se reúnen frecuentemente varias señoras á tomar el Té; y como la mayor parte sean aficionadas á la lectura, sus conversaciones son no menos instructivas que amenas y agradables. Desde los primeros dias se impusieron la ley de hablar solo de cosas de su sexô, dándole, como es natural, la preferencia sobre el nuestro: error agradable, que no intento combatir, y que no es tan perjudicial en éllas, como muchos que los hombres tenemos.

Harto hablan los hombres de sí, di-



cen: todo lo mandan, disponen y gobiernan: todo es por ellos y para ellos: por lo comun somos sus esclavas: algunas veces se nos permite ser sus iguales, pocas sus superiores, y esto en muy raros casos, y por breve tiempo: sabemos lo que quieren, y cómo quieren; de aqui resulta que la mayor parte de los libros son escritos por ellos, con lo que ocupan muchas veces el único lugar, casi siempre el primero, y á nosotras á lo mas solo nos dejan uno muy secundario: ahora que aqui reunidas disfrutamos de nuestra libertad, porque nos permiten estar solas, venguémonos de su indiferencia ó injusticia, y sea nuestro sexo el preferido; hablemos solo de él, que bastante materia presentará sin apurarla.

La historia de las mugeres no es menos instructiva y agradable que la de los hombres, y se verá en honor de nues-

tro sexô que es menos sanguinaria , menos fecunda en vicios , mas rica en virtudes.

Agradó á todas el pensamiento que ocurrió á doña Carlota , dueña de la casa , y pusieronlo al instante en práctica: porque no se sabe si en las mugeres es antes el ejecutar que el pensar , como que por lo comun las domina una extremada sensibilidad y muy ardiente imaginacion , y esto no lo niega doña Carlota, y aun suele envanecerse de ello. En efecto , produce en ellas á veces excelentes acciones , aunque otras , y sea dicho entre nosotros , las hace caer en grandes defectos y errores.

Mas dejándonos de filosofías , por agradar á doña Carlota , á quien con filosofía ó sin ella estimo , me propongo imprimir estas conversaciones para recreo é instruccion de las damas, á quien



sin ser Paladin de la andante caballería, no menos que ellos aprecio y venero: las daré por cuadernos para mayor comodidad de los que deseen comprarlas, y para tantear el gusto del público; pues si no agradase la idea, bien podrán seguir doña Carlota y sus amigas en sus agradables coloquios, que yo por cierto no continuaré en mi empresa, y la obra quedará ó manuscrita, ó solo en el principio.

Debemos entender que las amables señoras de mi tertulia, aunque personas de instruccion no lo son tanto, ni por tal se tienen, que sean verdaderas autoras, ni sus fuerzas ni sus ocupaciones las permiten elevarse á trabajos literarios de demasiada extension: se contentan con pasar el rato leyendo extractos y traducciones, que ellas mismas hacen de varias obras sobre el asunto: no es pe-



queño mérito si aciertan á desempeñarlo.

Me temo no obstante que alguna de las damas de la tertulia que se precia y puede preciarse de mas literata que sus compañeras, nos dé en el progreso de las conversaciones alguna obrita semioriginal, ya que no original del todo: lo que mas interesará á los lectores es que sea buena.

Querrian mis damas literatas que las obras de que sacan los materiales de la que llamaremos suya, fuesen escritas tambien por mugeres; pero no les ha sido facil hallarlas, tienen que valerse de la pluma de los mismos hombres, de su instruccion y de su elocuencia para entreteger su historia, y aun para componer su elogio; pero esto no las degrada en modo alguno, antes bien ennoblece á ambos sexos: al uno por haberse hecho digno de las alabanzas de su mismo



rival, y al otro por ser bastante generoso para tributarlas á su mérito.

Las damas que hacen el principal papel en la tertulia son cuatro, á saber: doña Carlota, doña Margarita, doña Joaquina y doña Luisa; las demas escuchan, aplauden, y algunas veces toman parte en la conversacion.

BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



## CONVERSACION PRIMERA.

Comenzó la reunion del TE DE LAS DAMAS con la lectura que se proponia hacer doña Carlota de un extracto bastante extenso de la obrita que pocos años ha publicó en París el no menos amable que delicado vizconde de Segur con el título de *Las Mujeres, su estado y su influjo en el orden social entre las diferentes naciones antiguas y modernas*, y dijo así.

De cuantas obras ha producido la pluma feliz del vizconde Segur, esta es una de las que han tenido mas aceptacion. Las gracias del estilo se unen en ella á los mas delicados pensamientos: reina en su contenido la mas pura moral, y una suave filosofía que encanta y convence.

Ved ahora como viene á explicarse el autor mismo en su prólogo.

Me parece que el estudio del hombre abraza el de los dos sexôs; y así que no debe observarse al uno con preferencia al otro, á no ser que suponiéndoles pasiones, inclinaciones y hábitos absolutamente semejantes, se dé por sentado que retratando al uno, se ha intentado representar á ambos.



Pero es muy probable que no haya sido esta la intencion de los filósofos antiguos y modernos, excepto un corto número de ellos: al contrario por una extraña parcialidad han representado al hombre como á la criatura mas excelente y casi única, sin dignarse atender á un sexô que miraban como enteramente dependiente del suyo.

Mas por un sistema del todo opuesto, la mayor parte de los poetas se han dedicado á celebrar la hermosura de las mugeres. Pero ¿se las puede dar á conocer hablando solo de su belleza y gracias? No basta con formar su retrato, es preciso escribir su historia; y tal es el plan que me propongo, procurando, en cuanto me sea posible, huir de los que las vituperan, sin seguir por eso ciegamente el rumbo de sus apasionados adoradores.

Procurando investigar la suerte, las costumbres, la influencia y las pasiones de un sexô por lo general oprimido, no por eso intento ocultar sus flaquezas y sus errores, sino que solo quiero manifestar sus virtudes, y las cualidades de que le dotó naturaleza, aun mas tal vez para nuestra dicha que para la suya.

Las mugeres son, si me es lícito explicarme asi, una segunda alma de nuestro mismo ser, que corresponde íntimamente con nuestros pensamientos que reaniman, nuestros deseos que excitan, ó de los que participan, con nuestras debilidades en las que no caen puesto que deben quejarse de ellas.



Cuando el hombre es desgraciado reclama de su ánimo la fuerza que necesita para sufrir los dolores y las penas; pero como este auxilio ha de venir de él mismo, no puede menos de resentirse del abatimiento en que ha llegado á caer. Pero si implora el favor de la que llamo su segunda alma, entonces encuentra aquellas mugeres tan dignas de ser amadas, las cuales derraman en su corazon, con prodigiosos medios, la deseada paz. No se separan de su lado aquellas criaturas bondadosas que presentan el consuelo aun antes de prometerlo, que son creidas sin haber llegado á persuadir, convirtiéndose de este modo en un asilo contra el infortunio.

Como la fuerza se halla de nuestra parte, las mugeres han venido á nacer ó dependientes, ó esclavas de nuestras pasiones y de nuestros caprichos: en una parte se las idolatra, en otra son, con justo motivo, compañeras nuestras, y en muchas se las esclaviza o desprecia; pero en todas estas diferentes situaciones se las ve conservar siempre las cualidades que las distinguen, y son su inagotable paciencia y su incomprensible valor. Tampoco se advierte que sus defectos se aumenten en las desgracias y en la humillacion.

¿Y de qué cualidad nuestra se hallan privadas? Solo una se las ha rehusado, dice Anacreonte, y es la prudencia. Pero si atendemos á que en casi todos los lugares y tiempos han sido gobernadas, no gobernando ellas nunca,



como no haya sido por una como momentánea usurpacion, veremos que tienen menos necesidad de prevision que los hombres, escusándolas ademas en cuanto á esto la grande irritabilidad de su fibra, pues como las hiera fuertemente cuanto puede excitar sus pasiones, resulta que no pueden tener tan buenas disposiciones para preveer. Dispuestas siempre á seguir el partido que las circunstancias del momento las sugiere, pasan comunmente su vida en la accion y el arrepentimiento. Debemos considerar ademas cuán difícil las sería adquirir la prudencia de que vamos tratando, pues que ella es el fruto de la reflexiön ayudada de la experiencia, y de la experiencia fortificada con la reflexiön.

Sofocles decia que el silencio es su mas bello adorno. Platon quiere que tengan las mismas ocupaciones que los hombres. Entre los modernos unos las consideran capaces de las materias políticas, y otros, entre ellos el célebre San-Lambert, las condena á ocuparse solo en perpetuas frivolidades. Muchos ejemplos podríamos citar que depusiesen ya en favor, ya en contra de este modo de juzgar.

Pero esta misma diversidad de opiniones ¿no probaria tambien que hay cierta cosa extraordinaria en este sexô que no se puede explicar, siendo por lo tanto un motivo de admiracion y observacion continua? Las muchas obras que acerca de ellas se han escrito parecen apoyar mi opinion, y no dejaré de adver-



tir que el número de los que las han alabado es muy superior al de los que las han vituperado.

Mi obra se dirige á probar que , aunque los dos sexôs se diferencian entre sí , todo se halla compensado entre ellos , y que si el uno parece tener ciertas ventajas esenciales que faltan al otro , tampoco se pueden rehusar á éste cualidades no menos preciosas que le son propias : que donde la fuerza falta , suple por ella la maña : que se ha manifestado capaz de ocupaciones muy serias , y que tampoco merecen despreciarse sus cualidades intelectuales.

De mas en mas he procurado establecer las diferencias que nacen puramente de la educacion y de los hábitos ; pues sabido es que á todos los séres los modifica la educacion.

Asi pues , á los hombres deberíamos imputar cuanto las mugeres pudiesen haber perdido en la parte moral , por la mala direccion en su niñez. Ellos , segun les place , comprimen ó desplagan las facultades intelectuales de las mugeres , y con cierta especie de injusticia se apoyan en los mismos obstáculos que han puesto á su educacion , para mirarlas despues con desprecio.

No podré menos de compadecerme de aquellas almas frias é insensibles que lean sin interes este ensayo de la historia de un sexô que contribuye á nuestra felicidad en todas las edades , adorado por la juventud , estimado por los hombres formales , respetado y aun



querido por los ancianos, pues que de él esperan algun consuelo aun en la edad decrepita.

Me parece muy bueno este plan, dijo doña Joaquina, y no dudo de su buen desempeño; y para que todas contribuyamos al placer de nuestra sociedad, me permitireis que yo me proponga tambien el mio, que será el de referir historias particulares de las mugeres que mas han ennoblecido nuestro sexô por sus excelentes virtudes, por sus talentos, sabiduría é ingenio, por sus heróicas ó sublimes acciones, y que mezcle discursos ó reflexiones, aunque no mias, en que se elogie á nuestro sexô, y á las cualidades que mas sobresalen en él y le distinguen, amenizándolo tambien con algunos pasages de buenos poetas, en los que se nos elogia.

Pues yo, repuso doña Margarita, solo para que el placer se aumente con el contraste ú oposicion, haciendo mas bien el papel de hombre que el que me corresponde, he de tratar de las mugeres que han adquirido desgraciada nombradía por sus defectos, vicios y crímenes, y de las que han abusado de su belleza, talento y gracia, y mezclaré tambien discursos y reflexiones que no nos son muy favorables, ó en los que se manifiestan y aun exâgeran nuestros defectos, ocupando no pequeño lugar trozos poéticos en contra de nuestro sexô.

La idea por cierto es original, dijo doña Luisa, puesto que no muy delicada; pero la



disimularemos en favor del placer, si como lo espero está bien desempeñada; y para contribuir yo tambien con el corto caudal de mi ingenio, tomaré el único rumbo que me queda, y será un término medio entre los dos opuestos de doña Joaquina y doña Margarita, tratando de asuntos que llamaré indiferentes, por no pertenecer propiamente á ninguno de los dos extremos, como son noticias de mugeres célebres por sus extrañas aventuras, en las que á un mismo tiempo se notaron grandes virtudes y grandes vicios, y hablaré de nuestros adornos, modas, caprichos, usos y costumbres particulares, y todo aquello que no haya podido tener cabida en las obras de mis dos amables compañeras.

Y supuesto ya nuestro plan general, si doña Carlota gusta puede comenzar su lectura. Convino ésta inmediatamente, y leyó lo siguiente.

### *Antiguos egipcios y chinos.*

Como estos dos pueblos son los mas antiguos en la civilizacion, los reuno en un mismo artículo.

Si hemos de dar crédito á algunos autores, no obstante la pasion de los celos, que consideramos mas ó menos fuerte entre los hombres, en razon de lo cálido del clima y del grado de violencia que da á las pasiones: los antiguos egipcios concedian á sus mugeres



ilimitada libertad; mas esta especie de contradiccion entre las costumbres y el clima jamas se notó entre los chinos.

Muy poco conocida nos es la historia del antiguo Egipto, y solo podemos tener algunas pocas y no muy seguras noticias por medio de los autores griegos, los cuales no estan muy acordes; y asi es que Herodoto asegura que solo tenian una esposa, cuando Diodoro Sículo afirma que se casaban con muchas. Pero M. de Paw cree que Herodoto cayó en error, ó por el ejemplo de los sacerdotes, los cuales, á causa de sus ocupaciones, solo podian ser *monógamos*, ó de la gente comun, cuya pobreza les impedia mantener muchas mugeres, aun cuando la ley se lo permitiese. Pero todo nos mueve á creer que en Egipto la servidumbre doméstica de las mugeres era tan antigua como la monarquía. Algunos autores hablan del respeto con que los egipcios las trataban, lo que nacia, dicen, de su veneracion á Isis ó la Luna,

Se cree generalmente que los egipcios tenían mas respeto á sus reinas que á sus reyes. Pero, sin embargo, ¿por qué excepto unas tres ó cuatro no ha llegado el nombre de ninguna de ellas hasta nosotros? Segun las mas antiguas instituciones de Egipto, las mugeres estaban declaradas incapaces de reinar; ley de exclusion que provenia de otra que las prohibia ejercer ningun ministerio sacerdotal, pues de hecho no podian menos de estar ex-



cluidas, á causa de que para ascender al s6-  
lio era menester haber sido consagrado y adop-  
tado en el colegio de los sacerdotes. Y era  
cosa muy natural tambien el que las mugeres  
no gozasen de ninguna dignidad sacerdotal,  
pues que para ejercer estas funciones era pre-  
ciso instruirse en lo que se llamaba la *Sabi-  
duria de los egipcios*, estado que no podia  
menos de ser desagradable á las mugeres.

Es bien cierto que los egipcios fueron en  
tan remotos tiempos el 6nico pueblo donde  
encontramos rastros de estudios y de buena  
educacion. Sus sacerdotes ense1aban las cien-  
cias, y entre ellas la astronomía, de cuyo es-  
tudio, á lo que parece por algunos autores,  
no estaban escluidas las mugeres, y aun ha-  
bia muchas que se empleaban en profetizar é  
interpretar los sue1os, y las cosas prodigiosas  
que creían ver en los aires. Sin embargo M.  
de Cailus asegura que las mugeres se ocupa-  
ban, á lo mas, en alimentar los escarabajos,  
musara1as y demas sabandijas, á quienes tri-  
butaban culto; y aun est1 probado que les  
estaba prohibida la entrada en el templo del  
buey Apis, excepto en los primeros dias de  
su instalacion.

Los egipcios eran muy melanc6licos y de  
pasiones fuertes; y aunque el sex6 en general  
tenia mucho imperio sobre ellos, ninguna mu-  
ger en particular lo ejercia en tales t6rminos  
que dominase sus almas. Pero durante la ce-  
lebracion del *culto siriaco* aquel pueblo som-

\*



brío y de sosegada vida pasaba súbitamente de las mas austeras ceremonias á las fiestas mas licenciosas y desordenadas.

Reinaba en Egipto igualmente la costumbre asiática de tener eunucos para guardar á las mugeres, por manera que aunque no conocian el verdadero amor, no por eso dejaban de ser celosos y desconfiados hasta el mas ridiculo extremo.

Esta aparente contradiccion no es difícil de explicar, conociendo la fragilidad del sexô: el amor puramente físico es á veces mas desconfiado que el amor que tiene parte de moral, que llamamos platónico ó del alma, pues la constancia del corazon nos fortifica contra las flaquezas de los sentidos.

Las leyes protegian mucho á las doncellas, por manera que castigaban, reduciéndole al estado de eunuco, al hombre libre que violaba á cualquiera de ellas si tambien era libre. Prueba igualmente la consideracion que los egipcios tenian con sus mugeres aquella ley que encargaba á las hijas, y no á los hijos, el mantener y auxîliar á sus padres y madres pobres ó enfermos.

Para obligar á las mugeres de distincion á no salir de casa, las privaban en cierto modo del uso de los pies con una operacion dolorosa que los hacia sumamente pequeños; costumbre que aun subsiste entre los chinos.

Ademas de esto, como hubiese la opinion de que era cosa indecente el salir sin cal-



zado, se las privó de los medios de tenerlo; pues, según Plutarco, había una ley que condenaba á la pena capital al que hiciese calzado á las mugeres.

Es verdad que, como en todas partes, las había comunes y despreciables, que llevaban una vida libre y licenciosa, y que se ocupaban en el obscuro culto del buey Apis; pero no debemos confundir con ellas á las demás, que eran el mayor número, así como no debemos juzgar de las costumbres, y de la mayor ó menor libertad de las japonesas y chinas por las mugeres públicas de estos países, ó por las *bayaderes* de Surate.

Un autor griego se expresa en los términos siguientes: "Si las mugeres no hubiesen sido como esclavas en Egipto, y que hubiesen llegado á tener parte en el gobierno, no se hubiera mantenido allí aquel gran número de eunucos, los cuales tuvieron tanto poder que llegaron hasta apoderarse del supremo mando."

Procuremos conciliar, si es posible, las continuas contradicciones de los autores antiguos acerca del verdadero estado de las mugeres en Egipto; pues me parece que podemos hallar la verdad, comparando las diferentes épocas á que se refieren, y en las cuales han escrito.

En los primeros tiempos la suerte de las mugeres fue casi la misma entre los egipcios que en los pueblos comarcanos; pero el peso de su esclavitud se alivió mucho mas pronto



en Egipto, y la razon de esto la da un autor inglés en las expresiones siguientes: "Mientras que otras gentes vivian en las selvas ó en chozas, alimentándose de la pesca ó de la caza, los egipcios aplicados á la labranza por la fertilidad que proporcionaban á su pais las inundaciones del Nilo, y obligados para libertarse de ellas á habitar en casas elevadas sobre el suelo, formaron antes que las demas gentes una verdadera sociedad, cuyo mas bello adorno le constituian las mugeres, contribuyendo no menos á su perfeccion.

Obligadas las familias á vivir mucho tiempo juntas, procuran agradarse mutuamente, con lo que la civilizacion adelanta mas que entre los pueblos cazadores ó pescadores.

Las mugeres no despreciaron esta ocasion de desplegar todos los recursos que les ofrecian sus cualidades y sus gracias, y de adquirir un imperio que hasta entonces no habian podido lograr.

Todo lo que sabemos de este pueblo nos mueve á creer, que siendo muy instruido, cuidaba con esmero de la educacion de las mugeres; pero no obstante las prohibia el conocimiento y ejercicio de la música, como que ablanda demasiado el alma: mas algunos piensan que solo las privaban de esta distraccion para hacer que se entregasen enteramente á mas sérias y formales ocupaciones; pero yo creo que esta precaucion nacia mas propriamente de celos, pues privando al sexô de es-



te medio de agradar, cesaba tambien este nuevo motivo de inquietud.

Sin embargo, muchas de ellas ocuparon destinos eminentes, ó tuvieron el encargo de negociar con naciones comarcanas; y un gran número se emplearon en especulaciones mercantiles, lo que demuestra evidentemente que los hombres apreciaban su ingenio é inteligencia, que conocian la ciencia del cálculo, y que á causa de la flexibilidad de sus facultades morales, se hallaban tan dispuestas á los conocimientos agradables, como á los estudios mas abstractos.

De todas estas observaciones podemos concluir, que entre los antiguos egipcios las mugeres vivian en una esclavitud mas disimulada y suave que en los demas pueblos, y que las que llegaron á desempeñar empleos y destinos, los vinieron á conquistar en cierto modo con su talento y sus excelentes prendas. Mas cercanas á los hombres por un grado de civilizacion que suavizaba sus costumbres, ocupaban en la idea del otro sexô un lugar desconocido en los pueblos cercanos. Podemos citar el pasage siguiente en prueba de esta verdad.

Habiendo sido vencido Psamético, y caido la ciudad de Menfis en poder del enemigo, los vencedores obligaron á aquel príncipe á que se situase en un parage elevado, desde el que vió á su hija, á la que conducian con las demas cautivas á traer agua del rio; espectáculo



que le fue mas doloroso que la pérdida de su corona y de su libertad, y en efecto los vencedores entendieron haberle hecho sufrir el mas doloroso suplicio.

Pero entre cuanto podemos alegar en apoyo del respeto que los egipcios tenian á sus mugeres, ninguna cosa lo prueba mas que aquella excelente ley que encargaba especialmente á las mugeres cuidar del alimento de los ancianos, y asistir á los enfermos y á los pobres.

Debemos ser justos con las mugeres, pues son y serán siempre el verdadero consuelo del género humano, porque mas que nosotros vienen á sentir aquella especie de necesidad de favorecer á los que padecen. Parécelas que cuanto las rodea las llama en su auxilio, mirando ellas como una obligacion el acudir volando; asi es que inspiran cierta secreta confianza á las personas que sufren.

Si un hombre y una muger pasan cerca de una persona afligida, ésta por cierta especie de instinto se dirige primero á quejarse y suplicar á la muger; pues se cree mas segura de obtener de ella una respuesta de consuelo, ó un pronto socorro.

La gracia y la debilidad parecen advertirnos de que acompañan á la compasion. Y si en los males fisicos son de inapreciable consuelo las mugeres, en los morales solo de ellas podemos esperar un saludable alivio. Si un amigo quiere calmar vuestra pena, ó soste-



ner vuestro ánimo debilitado , os da súbitamente demasiado esfuerzo , pues no acierta á templarle, en razon del abatimiento que sucede á la desgracia , y con esto viene á ser su auxilio como áspero, no preparado ni graduado; como una luz demasiado fuerte para una vista debilitada, que solo puede acostumbrarse lentamente á ella. M. Tomas dice: *las mugeres saben manejar un corazon enfermo con instrumentos mas delicados que los que los hombres conocemos.*

Debemos pues alabar á los egipcios, los cuales , por la ley que acabo de citar , habian manifestado en tan remotos tiempos que si sus despóticos celos habian imaginado la esclavitud de las mugeres , á lo menos sabian conocerlas y estimarlas.

Mas en cuanto á las naciones que les eran contemporáneas , diremos que los historiadores nos dan pocas noticias en esta parte , y asi solo podremos formar algunas conjeturas acerca de la vida privada de los babilonios , de los sirios , de los medos y de los persas. Y conviene advertir tambien que entre todos los pueblos confinantes con los que aqui nombramos , las mugeres han venido á tener casi la misma suerte ; y que si admitimos la opinion de los mejores autores , solo los egipcios fueron los que la supieron hacer menos dura.

Pero si entre los egipcios varió en diferentes épocas, parece que entre los chinos fue siempre la misma desde la mas remota anti-

HEMEROC  
MUNICI  
MADRID



güedad, diferenciándose muy poco de la que es en el día.

La gran diferencia que se advierte en la educacion que estos dos pueblos dieron á las mugeres, indica la oposicion en su modo de pensar en esta parte. Los egipcios cuidaron con sumo esmero de instruir á sus hijas, y los chinos al contrario, las han mantenido siempre en una ignorancia calculada sobre la obscuridad en que querian tenerlas sepultadas sus excesivos celos.

Parece que los chinos han querido mas el que sean modestas que instruidas. Por lo tanto se hace suma estimacion en la China de la modestia, y asi es que alli una muger creeria faltar á todas las leyes de la decencia si dejase ver sus manos desnudas.

En la China todas las leyes se dirigen á hacer respetar esta virtud; y segun su policia, se obliga á las mugeres de mala vida á que habiten fuera del recinto de las ciudad es para no causar escándalo alguno á las virtuosas.

Al mismo tiempo que los chinos son como idólatras de la hermosura, postrándose rendidos á los pies del objeto mismo que persiguen, no hay pueblo alguno en el Asia tan excesivamente desconfiado. Cuando una dama china se halla enferma, atan á su muñeca una hebrita de seda, cuya punta tiene el médico, el cual solo puede juzgar de la naturaleza y estado de la calentura por las pulsaciones que



la arteria transmite á la seda; precaucion celosa , que tal vez sea única en su género.

### *Los griegos.*

¡Qué espectáculo tan admirable no presenta este pais tan fecundo en cosas maravillosas! Cuando guiados por el sabio erudito Barthelemy seguimos al jóven Anachârsis en sus viages, parece que cuanto mejor sabe pintar sus modelos, y mas los engrandece, tanto menos se acercan á la realidad hasta sus mas perfectos grados.

Y en efecto, cuánto no debe sobresalir un pais gobernado por los hombres mas elocuentes que ha habido en el mundo, donde se conocian todos los medios de agradar, donde de continuo resplandecia la antorcha del ingenio humano, donde casi en una misma época se veia á Pericles obtener una brillante victoria, á Demóstenes declamar impetuosamente desde la tribuna, á Sócrates abrir escuelas de humana sabiduría, á Praxíteles atraer á toda Atenas á su taller, á Alcibiades brillar á un mismo tiempo en los combates, en los consejos y en los festines, mientras que Aspasia, adorada por tantos ínclitos varones, venia como á reunirlos á sus pies.

Como al fin de la guerra peloponesiaca las mugeres principales del Atica, reunidas en Atenas, desplegaron las formas amables y las gracias de las de Jonia; asi es que Aspasia,



natural de Mileto, ciudad principal de la Jonia, vino á trasladar á diferente clima la elegancia asiática: fue el modelo de las mugeres de su clase, siendo no obstante cierto que esta seductora reunion de atractivos, gracias, placeres y urbanidad, á que luego se dió el nombre de *aticismo*, no debia alcanzar, ni alcanzó en efecto, á las damas nobles de Atenas.

Conociendo sus esposos la fuerza natural de sus pasiones, encerraron en lo interior de las casas á sus mugeres é hijas, con tanto cuidado, que manifestaba una desconfianza, que no puede menos de parecernos tiránica. Temiendo ademas el que se instruyesen en las artes, ó que se abandonasen á estudios mas formales, las prohibian tener ningun género de maestros, dejándolas por única ocupacion, y aun placer, el cuidar de los negocios domésticos.

Vemos pues que los griegos no se esmeraron, ni aun cuidaron de la educacion de sus mugeres. En la Andrómaca de Eurípides advertimos que Peleo acusa á Menelao de la mala educacion de Elena, defecto que no era único en ella, sino general en las mugeres griegas.

Cuanto mas observamos estas costumbres, tanto mas nos persuadimos de que los griegos procuraban mas bien que sus mugeres fuesen capaces de tener hijos bien criados, física y moralmente, que no el que adquiriesen aquellas brillantes cualidades que tanto nos agradan, y aun seducen en el bello sexô; y asi es que



este pueblo, el mas instruido de cuantos ha habido, dejaba á sus esposas é hijas obscurecidas en la ignorancia.

Sin embargo, hallamos alguna excepcion á esta como regla general: tan cierto es que el bello sexô ha dado, hasta en el tiempo mismo en que se procuraba obscurecerle, pruebas bien positivas de sus excelentes prendas.

Olveta, hija de Aristipo, enseñó la filosofía y demas ciencias á su propio hijo, al cual por esta razon pusieron un sobrenombre, que significa *el discípulo de su madre*. En Tebas la hermosa Corina, á la que se apellidó la Musa lírica, obtuvo cinco veces la palma en concurrencia con Píndaro, y Aspasia fue la maestra del mismo Pericles.

Las ocupaciones comunes de las mugeres griegas eran el hilar y el bordar; y cuando eran modestas y juiciosas sus esposos las encargaban todo el cuidado y gastos de la casa.

Habia una fiesta en Grecia, durante la cual las mugeres tenian derecho de apoderarse de los celibatos viejos, llevarles junto á los altares, y darles de golpes.

Eran muy celebradas las matronas de Lacedemonia por la buena educacion que daban á sus hijos, y hasta los mas famosos guerreros y legisladores se jactaban de haber tenido una nodriza espartana.

Para que no fuese facil penetrar en las habitaciones de las mugeres, se las tenia en la parte posterior de la casa, y en los para-



ges mas elevados: asi estaba dispuesta la habitacion de la hermosa Elena, y se asegura que Penelope bajaba de la suya por una escalera de manos.

Luego que llegaban á ser madres tenian alguna mas libertad; pero hasta entonces las que podríamos llamar dueñas ó celadoras no las dejaban salir de casa.

Cuando una muger griega perdía á su esposo, entraba bajo la tutela de su propio hijo, sin cuya aprobacion y firma no podia ni testar, ni hacer ningun acto legal.

Sin embargo, por mucho tiempo tuvieron el derecho de votar en las asambleas del pueblo: heredaban por partes iguales con sus hermanos, y aun recibian toda la herencia si eran hijas únicas, pero con la rigurosa condicion de casarse con el pariente mas cercano.

Hallamos una cosa muy notable, y es que cuanto mas célebres se hicieron los griegos, tanto menos vivieron en la sociedad de las mugeres.

En Grecia las mugeres llevaban por mucho tiempo el luto, privándose, mientras duraba, de todos los placeres, y cuidando todos los dias de renovar sus ofrendas sobre el sepulcro del esposo: cortábanse tambien los cabellos en señal de dolor, y los quemaban junto con el cadáver: corrian por las calles désalentadas, desgñadas, y arañándose el rostro, dando señales de desesperada pena.

Cuidaban mucho las damas griegas de su





compostura y adorno, pasando de este modo toda la mañana en el tocador, lavándose el rostro con aguas que aumentaban mucho su blancura y belleza, pintándose las cejas, y untándose los labios con opiatas que los daban un hermoso color de rosa.

Como los jóvenes griegos tenían pocas ocasiones de ver y tratar á las mugeres, se valían de muy particulares medios para declararlas su pasión, ya escribiendo sus nombres en las paredes de la casa, ya colgando guirnaldas á sus puertas, ya haciendo libaciones de vino. Si la muger tegia por su parte otra guirnalda, se entendía corresponder al amor que había inspirado.

Pero si el joven no lograba el ser querido, acudía, en el culpable delirio de su pasión, á los amorosos filtros, los cuales tenían fama de componer superiormente las mugeres de Tesalía. Y eran tan fuertes estos filtros, que perturbaban la razón, y aun causaban á veces la muerte. También se valían de una figurilla que representaba al objeto amado, la cual arrimaban á la lumbre, entendiéndose que cuanto mas se encendía la figurilla, tanto mas pasión debía sentir la dama. Y si el joven lograba atrapar alguna cosa que la pertenecía, iba y la enterraba á su puerta, con lo que creía poder estar seguro de ser ya querido.

Mas volviendo á nuestro propósito veremos, que mientras las cortesanas cultivaban las artes, concurrían al Pórtico, complacían



con su agradable conversacion á los filósofos y á los artistas, excitando su ingenio al mismo tiempo que se aprovechaban de sus luces, estableciendo un como mútuo comercio y cambio de instruccion, de entusiasmo, y de delicioso trato; las damas de ilustre clase, casi olvidadas y obscurecidas en los minuciosos cuidados domésticos, tan distantes de su siglo por sus conocimientos literarios, cuanto por su educacion, recordaban mas bien aquellos tiempos de grosera sencillez de los primeros habitantes del mundo, que no podian dar idea de pertenecer á aquella Grecia, cuyas brillantes ruinas tanto nos admiran y recrean.

De esta notable diferencia nació pues la fama de las cortesanas de Atenas: ellas solas cultivaban las artes agradables, porque les era prohibido á las demas mugeres: dedicáronse pues á ellas, contribuyeron á sus progresos, y enriqueciéndose con este nuevo tesoro, alcanzaron con sus brillantes sucesos los homenajes de su siglo, y la admiracion de los posteriores.

Pero tambien debemos convenir en que lo que mas contribuyó á la corrupcion de costumbres fue aquella superioridad de las cortesanas sobre las mugeres de honesto trato; pues al instante que Atenas abandonó el puerto Falereo, acudieron de todas las partes de Grecia un número muy considerable de estas mugeres seductoras, las cuales con su vida disoluta se concitaron el odio de las personas que res-



petaban la honradez y la honestidad, y llegó el desórden á tal extremo, que se propuso el sujetarlas á un impuesto; negocio que fue discutido, y en el cual el mismo Demóstenes declamó contra la cortesana Mera.

Pero mientras que, segun las leyes y costumbres de Atenas, las mugeres decentes vivian en la obscuridad, sucedia lo contrario en Lacedemonia; pues que Licurgo quiso que se acostumbrasen á los mas duros trabajos, como á luchar en público, lanzar las azagayas, ejercitarse en la carrera y en los gimnasios.

Este legislador no temió el que la belleza se manifestase al descubierto á los ojos de los hombres, creyendo disminuir de este modo, y no excitar los deseos.

Las mugeres lacedemonias, estimulando con sus sarcasmos á los jóvenes que no habian podido alcanzar el premio en los juegos públicos, parecian atender solo á aquel género de gloria, en aquel mismo instante en que, no ocultando sus atractivos, podian encender una amorosa llama. ¡Cuán grato contraste entre las costumbres de Atenas y las de Lacedemonia! Pero estos efectos no siempre fueron honoríficos para un sexô débil, del cual los griegos parecian disponer caprichosamente.

Viniendo á juzgar ahora de las mugeres griegas en general, y del partido que ellas supieron sacar de las circunstancias en que llegaron á hallarse, resultará lo siguiente.

Se obliga á las damas nobles de Atenas á



que vivan retiradas en lo interior de sus casas, y con esto presentan los mejores modelos de virtudes domésticas: se da brillante educacion á las cortesanas en un pueblo que solo estima el valor y la elocuencia, y el cual se guia mas bien por su imaginacion que por su juicio: estas mugeres sostienen y escitan el valor de los guerreros, hablan con admirable pureza su lengua, y en sus casas se reunen los hombres mas sabios y de gusto mas fino. Asi es que los guerreros y los filósofos solicitan la distincion de concurrir á sus brillantes reuniones: con esto ellas logran tener el mayor influjo en los negocios, y aun llegan á manejar y dirigir muchos. Aspasia decide de la paz y de la guerra. Frine obtiene el honor de una estatua de oro, entre las de dos reyes, en el templo de Delfos. El mismo Demóstenes, tan temible al rey Filipo, es vencido por una cortesana, y asi se dijo de él *que lo que habia meditado en un año, una muger lo derribaba en un dia.*

Todo lo contrario sucedia en la guerrera y austera república de Esparta, pues que se venia á exigir de las mugeres el que llegasen á despojarse de las cualidades naturales á su sexô, con lo que sus gracias se convirtieron en fuerza, su seducccion en astucia, su viveza en energía, llegando con esto, no solo á competir con los hombres en los mas duros ejercicios, sino á alcanzar muchas veces sobre ellos el premio del valor.



Nunca se demostró mas bien que este sexô inexplicable tiene las mejores disposiciones para todo, y que hay en él cierta extraordinaria cualidad que puede corresponder á cada pensamiento, á cada sentimiento, y á cada idea. Tal vez necesita que el hombre haga valer todas sus cualidades; tal vez no puede calcular él mismo todo su poder; y en efecto, no sucede por lo comun el que las mugeres tengan la conveniente prevision é inteligencia en los negocios, si á ello no las mueven las circunstancias.

Si uno implora su auxilio, todos los esfuerzos las son posibles en su entusiasmo; pero es muy raro el que ellas sepan reflexionar para precaver el mal que ellas mismas preparan.

Hay mugeres que no os harán el sacrificio de un placer para evitaros un peligro que os amenaza, y un instante despues espondrán su vida para sacaros de él: en una palabra, poco se logra de ellas por el camino de la prudencia, y todo se obtiene por el de la sensibilidad.

Dotados los griegos del mas penetrante ingenio, y de un tacto sumamente fino que les hacia conocer cuanto es útil y agradable, fueron, entre todos los pueblos, los que conociendo mejor á las mugeres, supieron sacar de ellas las mayores ventajas.

Considerándolas á propósito para todo, no dejaron tambien de advertir que el querer

\*



cultivar en una misma muger las cualidades contrarias de que las dotó naturaleza, era el modo de no gozar completamente de ninguna.

Aquellos griegos amables y voluptuosos, entusiastas del talento y de las gracias, y sin embargo amigos del orden interior de la familia, celosos defensores de sus derechos sobre sus mugeres propias, que respetaban sus virtudes como salvaguardia de la educacion de sus hijos, conocieron que en el estado de esposas la brillantez dañaba á la estimacion, y las cualidades agradables y placenteras á las útiles y honestas: que al contrario, una vida sumamente austera debia destruir los medios de agradar, y que las severas leyes del pudor y la decencia debilitaban el placer.

Segun esta idea se formaron las diferentes relaciones sociales entre los griegos, y aunque la dieron una extension demasiado grande, no por eso intentaron tener dos especies de mugeres en una sola; y asi con cierta prevision vinieron á dividir el sexô en dos clases de todo punto diferentes: la una dedicada al placer, la otra al cumplimiento de las mas sagradas obligaciones, esperando éstas por recompensa la estimacion y el respeto, las otras la lisonja y los aplausos.

Mas en algunas naciones modernas, y en especial en Francia, se quiere que las mugeres tengan cualidades que mutuamente se dañan, de donde nacen desórdenes y enemistades en los matrimonios, juicios infundados é



injustos ~~acusa~~ de algunas mugeres en particular, y poca armonía de principios en la educación que comunmente se da á las señoritas. Que recapaciten imparcialmente algunas madres acerca de las lecciones que dan á sus hijas, para formar lo que éllas llaman *una muger amable*, y verán que muchas veces, en el discurso de dos horas, las han enseñado á un mismo tiempo lo que puede merecerlas la estimacion y el desprecio de su esposo, asegurar sus aplausos, y destruir para siempre su dicha. Diremos pues que los atenienses sujetaron y obscurecieron con sumo rigor á sus esposas, que los franceses las han enseñado á agradar demasiado; pero los ingleses, calculando mejor, han tomado un medio mas justo. Partidarios por carácter de la severidad de principios, lo interior de sus familias es sumamente puro y decente, proporcionándoles una dicha permanente, que no dejaria de turbarse, si diesen entrada en sus casas á la corrupcion de costumbres.

Aquí interrumpió doña Carlota su lectura, sobre la cual se entretuvieron aún las damas un buen rato, quedando convenidas en que á la reunion siguiente daria principio á la suya doña Joaquina.





## CONVERSACION II.

No tardaron muchos dias nuestras amables damas en reunirse, y por ser uno de los mas apacibles de primavera se sirvió el TE en el jardin: doña Joaquina comenzó á leer su manuscrito con el título de. . .

*Historia de las mugeres célebres por sus virtudes ó buenas cualidades.*

¿Cuáles son los dotes que mas se aprecian en nuestro sexo? La hermosura, las gracias, el talento natural, la instruccion, un corazon sensible que se compadece de las desgracias de sus semejantes, y se sacrifica, si preciso es, por aliviarlas, la fortaleza de alma en las desgracias, la constancia y la fidelidad en amor, la decencia, el pudor, la modestia en palabras y acciones, la continencia, la castidad y el valor heróico para defender ó vengar su honor. Discurremos sobre algunas de estas cualidades, presentando ejemplos notables de ellas.



*Fidelidad en amor.*

Esta cualidad es superior á la constancia; es mas delicada, por decirlo asi, mas escrupulosa, mas rara, y mas difícil de hallar: asi es que vemos muchos que se aman con constancia; pero no tantos que se guarden escrupulosa fidelidad, y en esta parte los hombres mismos no pueden menos de hacernos justicia, conviniendo en que la observamos mas frecuentemente que ellos, y somos tambien mas generosas, pues que con mas facilidad les disimulamos sus faltas que nos las perdonamos á nosotras mismas. ¿Qué es pues la fidelidad? Aquella continua atencion que tiene el que ama á no faltar á sus promesas, á sus juramentos, y á las obligaciones que contrajo, y esto con tanto mas cuidado, cuanto mas solemnes y sagrados son los vínculos que le unen al objeto amado. Siempre tierno el amador, siempre verídico, siempre el mismo, sin mudarse en nada, ni vive, ni piensa, ni siente sino para la persona que ama, porque ella sola es la que halla amable.

Leyendo en sus ojos su amor y sus deberes, sabe que para probar la verdad de aquel, jamas debe separarse de las reglas que le prescriben estos.

¡Cuántas delicias para el amante fiel! Hállase dichoso en serlo, y se complace en pensar que siempre lo será: placeres son para él



los mas grandes sacrificios, y aun desearia, en su fino y delicado modo de pensar, que fuesen mayores, y que se repitiesen mas amenudo. Podremos compararle con la hermosa Tetis, que deseaba fuese aun mayor la grandeza de Júpiter, que la perseguia amoroso, para tener mas gloria en despreciarle por su esposo Peleo.

Manifiesta la fidelidad los sentimientos mas verdaderos y nobles, y es siempre el resultado de la mayor probidad.

Cuando dos esposos estan unidos con el mas sincero amor, la fidelidad que mutuamente se guardan constituye su suprema dicha. Pasar los instantes de la vida cerca del adorado objeto; emplearse todo el dia en servirle y agradarle; pensar solo en complacerle, y considerar que siempre le agradará si siempre le ama: tales son las deliciosas ideas del verdadero amante, y la encantadora situacion del amante fiel.

Pero ¿quién puede ser este sino aquella persona que esté dotada de la mayor honradez? ¿Cuántos sacrificios no hace la muger por el hombre á quien ama, llegando, en fin, á ser su esposa? Instruida desde su niñez de lo que exigen su honor, su reputacion, y aun su gloria: conociendo los riesgos á que está espuesta, cuántos combates no debe sostener en lo interior de su pecho entre su inclinacion y su razon, qué recelos, qué inquietudes, qué temor en amar, cuán mayor aún en declarar-

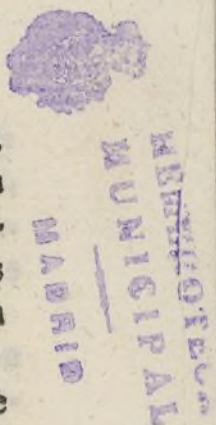


se, en descubrirse, en dejar conocer su pasión.

En verdad que si el esposo considera bien el valor de todos estos sacrificios hasta el instante de su completa dicha, no podrá menos de corresponder leal y agradecido á la que tan fina y delicadamente le ama.

Pero tambien debemos convenir en que solo podremos merecer la verdadera y completa estimacion del esposo, amando bien, y amando siempre, llevando la fidelidad hasta el mas escrupuloso extremo, pensando en fin que las cosas agradables, aun las mas ligeras que se dicen á la persona que no es el objeto amado, son como otros tantos robos hechos al amor; de lo que resulta que solo el virtuoso amor puede producir el amor fiel.

Estimaron tanto los romanos á esta virtud, que la divinizaron, siendo Numa el primero que la erigió templo y altares, ofreciéndosela en sacrificio flores, vino é incienso; pero de ningun modo sangrientas víctimas. Sus sacerdotes, cubiertos de un blanco velo, como símbolo del candor, con la cabeza y las manos envueltas en un manto, eran llevados con gran pompa al lugar del sacrificio en un carro en forma de arco. Se conoce fácilmente la imagen de la fidelidad por la llave que tiene en la mano, el perro á los pies, y las ropas blancas que la adornan: muchas veces tiene un sello, y otras un corazon en las manos. En muchas medallas se representa á la fidelidad con las manos enlazadas, y tambien se la vé





en figura de una mujer que tiene en una mano un canastillo con frutas, y en la otra un manojo de espigas.

### *Amor.*

La academia de la lengua define al amor, diciendo, que es la inclinacion ó afecto á alguna persona ó cosa; cuando esta inclinacion es sumamente viva, fuerte ó vehemente, se convierte en pasion, y esta es á la que mas propriamente llamaremos amor; limitándolo al objeto de que aqui tratamos, diremos que es la inclinacion de un sexô á otro. Tan difícil es de explicar su naturaleza, su origen y las circunstancias que le alimentan ó destruyen, como facil el sentirlo: á veces conocemos algunas de estas causas, pero otras nos son de todo punto desconocidas, siendo inútil el quererlas averiguar. A estas causas ocultas ó desconocidas llamamos simpatía, la cual hace que nos inclinemos mas á un objeto que á otro por un movimiento repentino, por una fuerza como irresistible; que amemos, segun los casos, cualidades opuestas, ya estas, ya las otras, y á veces las que deberian parecer las mas contrarias á nuestro genio, carácter, y aun á nuestro gusto en general.

Muchas veces el amor es como una ilusion ó un engaño, pues amamos cualidades que creemos hay en el objeto amado, cuando las que verdaderamente tiene son las contra-



rias. Pero ¡cuán triste y cruel desengaño cuando se llega á disipar tan lisongera ilusion, cuando hallamos infiel al que creíamos fiel, vicioso al que juzgábamos honrado, ignorante al que teníamos por sabio!

No son solos los sentidos los que deciden de nuestras inclinaciones, ni todo amor es sensual; al contrario, el verdadero se produce y sostiene por motivos mas sublimes y puros: no siempre amamos lo mas hermoso y agradado; y pocas veces solo esto, sino que tiene mucha parte, y aun la principal, en nuestras inclinaciones el carácter de las personas, ó las buenas cualidades del alma, que hallamos ó creemos hallar en ellas, prefiriendo las que mas simpatizan con las nuestras.

Cuanto se presenta á nuestros sentidos, solo nos agrada como imagen de aquello que ellos no pueden percibir; asi pues no amamos las cualidades sensibles, sino como los órganos de nuestro placer, y con subordinacion á las insensibles que ellos expresan: por lo mismo lo que mas nos interesa son las buenas prendas del alma; y como esta no puede ser un objeto de agrado á los sentidos materiales, sino al entendimiento, de aqui nace que el principal interes viene á ser el de esta potencia, por lo que si se la opusiese el de los sentidos la sacrificaríamos este.

Pero cuando llegamos á persuadirnos que el interes de los sentidos es del todo contrario al del entendimiento, que este es la per-



feccion ó belleza del alma , y aquel el defecto ó mancha , tendremos un amor puro que llamamos comunmente platónico.

Aunque este amor se parece mucho á la amistad , no le debemos confundir con él , porque en esta la inteligencia viene á ser , por decirlo así , el órgano del sentimiento , y en aquel lo son los sentidos ; y como las ideas que nos vienen por los sentidos son mucho mas fuertes y poderosas que las que provienen de la reflexiõn , de aqui nace que la inclinacion que ellas producen es una verdadera pasion ; pero la amistad rara vez llega á serlo.

No puede haber amor sin estimacion , porque siendo aquel la complacencia que nos procura el objeto amado , y no pudiendo menos nosotros de dar un valor á las cosas que nos agradan , el corazon exâgera su mérito ; y de aqui nace que nos demos la preferencia sobre los demas , porque por lo comun no hay cosa que mas estimemos que á nosotros mismos.

Se ha mirado , y no sin razon , al amor como á un tirano ; y en efecto ejerce un dominio absoluto en los corazones cuando se apodera de ellos : por manera , que segun él es en sí , forma el alma , el corazon y la inteligencia misma. No es ni pequeño ni grande , segun el corazon y la inteligencia de quienes se apodera , sino segun es él mismo ; de modo que podríamos decir que el amor es al alma del que ama , lo que el alma viene á ser al cuerpo del que anima.



Cuando dos personas que se aman se piden recíproca sinceridad para saber cuando dejarán de amarse, no es tanto por estar advertidos de ello, cuanto por estar mas seguros de que son amados, cuando no se les dice lo contrario.

Compararemos al amor con el fuego, pues ni uno ni otro pueden durar sin un movimiento continuo; y asi es que muchas veces se apaga cuando ya no tiene ni que esperar ni que temer.

Sería un error culpable creer que el amor sea solo el deseo sensual del placer; al contrario, si quereis sondear vuestros sentimientos de buena fe, y distinguir cual es la pasion que sirve de fundamento á vuestro amor, consultad los ojos de la persona amada. Si su presencia os intimida, y contiene en una sumision respetuosa, entonces podeis decir que la teneis verdadero amor, porque éste prohíbe al pensamiento toda idea sensual, todo arrebatado de la fantasía que pudiese ofender la delicadeza del objeto amado; pero si las gracias y los atractivos que os enamoran hacen mas impresion en vuestros sentidos que en vuestra alma, esto ya no es amor, sino un deseo carnal.

El amor verdadero y puro, cual aqui le consideramos, jamas hace cometer faltas que puedan ofender ni á la conciencia ni al honor: el que de este modo es capaz de amar, es virtuoso; y asi creo que nada hay que temer para las buenas costumbres en esta espe-



cie de amor, pues al contrario no puede menos de perfeccionarlas: ablanda hasta los corazones mas feroces, hace tratables á los genios mas ásperos y adustos, mas complacientes á los hombres mas desapegados. El que ama se acostumbra, á medida que crece su pasión, á acomodarse á la voluntad de la persona querida, contrayendo de este modo el feliz hábito de reprimir y dominar sus deseos, de conformar sus gustos é inclinaciones á las circunstancias de tiempo, lugar y personas.

¿Pero cuánto no pierden las buenas costumbres con aquellas violentas y desordenadas pasiones que los hombres groseros y carnales confunden con el amor?

El objeto pues de este verdadero amor debe de ser el unirse á la persona amada con el indisoluble lazo del matrimonio, y entonces llamaremos á la estimacion recíproca de los esposos amor conyugal.

Para vivir feliz en este estado, es menester que le haya precedido un amor mútuo é igualmente virtuoso en ambos consortes; pues si solo hubiese tenido por objeto la hermosura, las gracias y la juventud, siendo él tan frágil como estas circunstancias pasajeras, se disiparía tan pronto como ellas; pero será firme y constante si se funda sobre las cualidades del alma.

Si quieres ser amado, ama, decian los antiguos; y yo digo que el que quiera adquirir derecho á ser amado debe procurar merecer-



lo. Para lograr la dicha en el matrimonio es menester que siempre y despues de muchos años, procuren los esposos ser tan cuidadosos en agradar, tan diligentes en servir, tan mirados en no ofender, como cuando comenzaban á amar, y buscaban los medios de ser queridos.

Seguro es que solo se conserva un corazon por el mismo camino que se adquiere. Muchos se casan en extremo enamorados, y no pueden ignorar los medios de que se valieron para inspirarse un mútuo cariño, y fueron la complacencia, las mas finas y delicadas atenciones, procurando presentarse con un exterior agradable, disimulando, ocultando, venciendo sus defectos é imperfecciones. ¿Por qué no continúan del mismo modo estando casados?

Preguntaban al filósofo Zenon si los sabios debian amar, y él respondió *que si los sabios no amasen, serian muy desgraciadas las mugeres hermosas.*

*En la mocedad,* decia St. Evremond, *vivimos para amar, y en la edad madura amamos para vivir.* Herodoto dice que el amor es el mas hermoso de los dioses, y que es tan antiguo como el caos y la tierra: Aristófanes añade, que tenia alas doradas, y que lleno de beneficencia se unió con el Caos, y que de esta union nacieron los hombres y las mugeres. Antes que el amor hubiese agitado el caos no habia dioses; de esta agitacion nacieron el cie-



lo, la tierra, y los dioses inmortales. Acusilao admitia otro amor engendrado por la noche y el Eter; y segun Orfeo habia uno que era hijo de Saturno. Platon quiere que el amor sea hijo del dios de las riquezas, al que llama Poro, y de la Pobreza. Safo nombra á dos, al uno hijo del cielo, y al otro de la tierra. Los romanos distinguian tambien dos, el que presidia á las inclinaciones mútuas, y el que vengaba los amores despreciados.

Los poetas y artistas, tanto antiguos como modernos, le representan como un niño con alas, arco y aljaba, siempre desnudo, algunas veces ciego ó con venda en los ojos, y una antorcha. Todo esto presenta una muy delicada alegoría que designa lo ciego de esta pasion, como las alas su ligereza, el arco y las flechas su irresistible poder, su antorcha encendida su actividad: á veces tenia un dedo que tapaba la boca, advirtiéndolo á los amantes que fuesen callados y discretos.

Tambien le hicieron hijo ya de Marte y Vénus, ya del Cielo y la Tierra, ya de Zéfiro y Flora, con lo que se expresan sus diferentes y aun contrarios caracteres; como son sentimientos sublimes, y deseos groseros y carnales, fuerza y debilidad, hermosura é inconstancia. Fingieron algunos poetas que las saetas de su aljaba eran las unas con punta de oro, y las otras con punta de plomo; las primeras tenian la cualidad de inspirar amor, las otras ódio. No siempre es el amor un chi-



cuelo que retoza en el regazo de su madre, pues que á veces aparece con todo el brillo de la mocedad, y de este modo es como se representa al amante de Psiquis.

Habia en el palacio del rey de Francia, en Versalles, una estatua que figuraba al amor como un Dios vencedor de Marte y de Hércules, dueño ya de sus armas, trabajando por convertir en arco la clava de este último.

El célebre Le-Brun, en una pintura alegórica, de no menos agradable que delicada invencion, nos representa á una recien casada que ha sujetado al inconstante amor. El mismo artista la explica del modo siguiente: La luz que ilumina al objeto principal del cuadro llama la atencion sobre una jóven, de no menos hermosa presencia que de decoroso y decente aire: está sentada sobre la fresca yerba, y tiene al Amor inclinado sobre sus rodillas, al mismo tiempo que le corta las alas, mientras que Minerva le está atando las manos á las espaldas con una cinta: el veleidoso diosezuelo se manifiesta enfadado de que de aquel modo coarten su libertad. Detras de este grupo se divisa al Himeneo en figura de un niño, que orgulloso y triunfante eleva su antorcha, y parece burlarse del amor con picaresca sonrisa. A su lado tiene el cuerno de la abundancia, lleno de ópimos frutos, como símbolo de los que debe producir. Mas distante, y como á su derecha, se le ofrecen en holocausto las armas mismas del amor, con lo



que ya no son de temer los tiros que á traición suele asestar. Un pabellon de tela de oro, sostenido sobre algunos árboles, cubre á la jóven novia, é indica su rica y noble clase, bien asi como un corderillo que reposa á su lado nos manifiesta su suave y apacible genio. A sus pies tiene la manzana de oro con el lema: *á la mas bella.*

### *Las dos Artemisas.*

Dos mugeres, del nombre de Artemisa, ilustraron el antiguo reino de Caria, en el Asia menor, la una por su valor é inteligencia, y la otra por su amor conyugal, viniendo á quedar como símbolo de éste.

La primera, hija del rey Ligdarmis, fue una de aquellas mugeres extraordinarias, que sabiendo sujetar sus pasiones al yugo de la razon, se manifestaron dignas de mandar á los hombres. Habiendo perdido á su padre y á su esposo, gobernó el reino durante la menor edad de su hijo, cuyos estados logró aumentar. Como llegase á entender que Xerges, rey de Persia, se disponia á invadir la Grecia, se aprovechó de esta ocasion para hacer ver, que aunque muger, no le era extraña la guerra, bien asi como ni la ciencia del gobierno; y sin esperar á que el gran monarca solicitase su auxilio, hizo equipar una pequeña escuadra, casi tan magnífica como la de los sidonios. Púsose ella misma á su frente, y aunque no te-



nia conocimiento alguno del arte naval, demostró que el talento alcanza á desempeñar todos los cargos.

Admirado Xerges de su profundo saber, la dió entrada en su consejo de estado, y cuando se ventiló en él la cuestion de si convenia sostener el combate en el estrecho de Salamina, fue la única que se opuso, manifestando el riesgo que en ello habia; porque, dijo, los griegos son mas diestros en el mar que los persas, y si se perdía aquella batalla se seguiria á esta desgracia la ruina del ejército de tierra: así pues concluyó diciendo que era mas conveniente el prolongar la guerra, dirigiéndose hácia el Peloponeso, pues estaba persuadida á que componiéndose la escuadra griega de naciones diferentes, cuyos intereses igualmente lo eran, se irian separando para atender á la defensa de su propio pais. No se siguió este consejo; mas la experiencia demostró cuan prudente y acertado era.

Trabado el combate, cuyas resultas fueron tan fatales á los persas, manifestó el mayor valor y suma sagacidad: pues como la fuese á los alcances un buque ateniense muy superior en fuerzas, mandó quitar el pabellon persa, acometió á una nave de la escuadra de Xerges, que mandaba Damasítimo, rey de Calindo, con el cual habia tenido alguna desavenencia, y la echó á pique; con lo que creyendo los atenienses que ella se hubiese hecho de su partido, dejaron de perseguirla.

\*



Cuando Xerges supo cuan valientemente habia combatido, no pudo menos de decir que en aquella lid los hombres se habian portado como mugeres, y las mugeres como hombres.

Temible sin duda fue á sus enemigos, pues que los atenienses, irritados del engaño, prometieron una gran recompensa á quien se la entregase viva; pero ella tuvo bastante maña para eludir sus asechanzas.

Mas noblemente obraron los espartanos, colocando su estatua entre las de los generales persas. Y volviendo á Xerges veremos que arrepentido éste de no haber seguido su consejo, la consultó, aunque ya tarde, acerca del partido que se deberia seguir para reparar tan fatal pérdida; mas como Artemisa le viese resuelto á volverse á sus estados, y dejar á Mardonio en la Grecia, conoció que sería negocio inútil el obstinarse contra esta resolucion; pero ella, mas precavida por su parte, y previendo el mal éxito de una guerra dirigida por un general sin talento ni experiencia alguna, no quiso sufrir tal ignominia, y así dió la vuelta hácia sus estados, los cuales parece aumentó, apoderándose de la ciudad de Latmo, en la que se introdujo, valiéndose de la estratagema de celebrar la fiesta de la madre de los dioses.

Xerges continuó haciendo de ella el aprecio que se merecia, pues que la confió el cuidado de muchos de sus hijos habidos de sus



concubinas, y los cuales le habian acompañado en aquella guerra.

Esto es lo mas cierto que se sabe de esta Artemisa; pues lo que se añade de que la madre de los dioses, vengativa de la sorpresa de Latmo, la habia inspirado una violenta pasión hácia un hermoso mancebo de Abydos, al cual como no la correspondiese, ella desechada y furiosa le arrancó los ojos, precipitándose luego, desesperada, de lo alto de una roca, entra ya en el dominio de la fábula.

La segunda Artemisa fue hermana y mujer á un tiempo de Mausolo. Cuando este rey acababa de conquistar las islas de Rodas y de Cos, fue sorprendido por la muerte en medio de sus triunfos. Inconsolable su viuda hizo quemar el cuerpo de su esposo, segun acostumbraban los antiguos; y habiendo recogido cuidadosamente sus cenizas, se las fue tragando mezcladas en la bebida, como para convertirlas en su propia substancia, y que su cuerpo fuese el verdadero sepulcro del objeto amado.

Ann quiso perpetuar su dolor erigiéndole un magnífico monumento, que de su nombre se llamó Mausoléo, y fue tenido por una de las siete maravillas del mundo. Trabajaron en él cuatro arquitectos de los mas famosos de Grecia, y se dice que tenia cuatrocientos once pies de circuito, y ciento cuarenta de alto, comprendiendo una pirámide de la misma altura que el edificio, el cual estaba adornado ademas con treinta y seis columnas.



Instituyó combates y juegos fúnebres, y prometió premios de mucho valor á los oradores y poetas que mejor celebrasen las virtudes de su esposo, con lo que logró el lauro de que concurriesen á ellos Isócrates y Theopompo. Pero lo que no menos la hace ilustre fue que la fuerza del dolor no la impidió atender al gobierno y defensa de sus estados: pues castigó, aunque con demasiada crueldad, á los rodios que se habian sublevado, lo que excitó el ódio de los atenienses, movidos ademá por las oraciones de Demóstenes.

### *Hipsicrates.*

Tambien nos hablan algunas historias de esta heroína, muger del célebre rey del Ponto Mitridates, la cual llevada de su amor, dicen que aunque jóven y hermosa, se cortó el pelo, se acostumbró al uso de las armas, y á acompañar á su marido en las fatigas y peligros de sus continuas campañas; y como fuese vencido por Pompeyo, le siguió constante cuando todos, y hasta sus propios hijos le abandonaban, y aun perseguian: de este modo atravesó toda el Asia, suavizando con su cariño las crueles penas que atormentaban el ánimo fuerte y feroz de aquel guerrero.



*Zenobia, reina de Palmira.*

Muy excelentes prendas han dado lugar distinguido en la historia á esta soberana. Talento, valor, prudencia, castidad, instruccion y amor á las ciencias. Descendiente de los Tolomeos y Cleopatras de Egipto, heredó el valor é inteligencia de sus abuelos.

Su esposo Odenato, rey de Palmira, acostumbrado desde su infancia á luchar con feroces leones y las bestias mas bravas, no solo manifestó su ánimo esforzado, sino la mayor sagacidad y astucia en las guerras que hubo de sostener contra príncipes mucho mas poderosos que él.

Cuando Sapór, rey de Persia, hubo vencido, el año 260 de nuestra era, al emperador Valeriano, á quien tuvo la bárbara crueldad de desollar vivo, consternado con esto todo el Oriente, procuró aplacar á tan insolente vencedor. Con este obgeto Odenato le envió embajadores con ricos presentes y una carta, en la que protestaba que jamas habia tomado las armas contra él; pero lejos de agradar esto al orgulloso persa, solo sirvió para irritarle mas, ofendido de que aquel reyezuelo se atreviese á escribirle como á su igual, cuando deberia haber venido en persona, segun entendia, á rendirle homenaje.

Enfurecido, pues, despedazó la carta, mandó arrojar al rio los ricos dones, y juró que



devastaría el reino de Palmira, dando muerte á Odenato y á toda su familia, si éste no acudía presuroso á humillarse á sus pies con las manos atadas á la espalda, cual miserable esclavo suyo.

Con razon indignado el rey de Palmira de tan nunca vista insolencia, se unió con los romanos, igualmente deseosos de venganza que él; y acometiendo intrépido á Sapór, casi le hizo sufrir la ignominia que le preparaba: pues le venció, apoderándose no solo de sus tesoros, sino hasta de su misma esposa y concubinas.

Fiel no menos á los romanos, combatió contra los tiranos, que en aquellos tiempos calamitosos para el imperio le despedazaban por todas partes, con lo que logró el que Galieno, hijo y sucesor de Valeriano, le asociase al mando, concediéndole el título de César y de emperador, y el de Augusto á su esposa Zenobia y á sus hijos.

Continuando en sus victorias se apoderó de la ciudad de Ctesifon, y dió muerte á Balista que se habia revelado; pero cuando se preparaba para ir á contener á los godos que traían á sacomano toda el Asia, fue traídoramente asesinado en un festin con su hijo Herodiano, hallándose en Heraclea, ciudad del Ponto.

Zenobia era madrastra de Herodiano, y no debemos ocultar que se la sospecha de haber tenido parte en este atentado; pues como Ode-



nato tuviese tan preferente inclinacion á este hijo que le dió todos los tesoros y las concubinas de Sapór, temió que tambien le dejase el reino á su muerte, en perjuicio de tres hijos que ella habia tenido de su matrimonio, por lo que entendió que el único medio de evitarlo sería el de hacer dar muerte á padre y á hijo. Todo esto es dudoso; mas no lo fue que tuvo parte muy principal en las victorias de su marido.

Dueña ya del reino de cualquier modo que fuese, se aplicó á gobernarlo, extenderlo y defenderlo bien, protegiendo las artes y las ciencias, ayudada del célebre filósofo y literato Longino, que habia sido su maestro en todos los conocimientos humanos que tan profundamente poseia.

Aquel mismo Galieno, que tanto debia á Odenato, y al que tan generosamente habia recompensado, declaró guerra á Zenobia; pero ésta supo resistirle con valor y aun vencer á sus generales, con lo que conquistó la paz, valiéndose del descanso de ella para invadir el Egipto.

Los romanos volvieron á las armas deseosos de vengar las pasadas derrotas, y como entonces ocupase el imperio Aureliano, dacio de nacion y uno de los mayores generales de su tiempo, lograron completa aunque muy reñida victoria de la reyna de Palmira, la cual apareció tan ilustre y grande en la desgracia cuanto lo habia sido en la prosperidad.



El mismo Aureliano en persona se presentó en la lid. Zenobia habia reunido la mayor parte de sus fuerzas junto á la ciudad de Antioquía, adonde la fue á acometer el egército romano. La batalla fue obstinada y sangrienta declarándose al principio en contra de Aureliano, quien se vió á pique de perderla; pero como la caballería de Zenobia en el ímpetu de su ataque se hubiese adelantado demasiado, dejando desamparada á la infantería, la de los romanos se aprovechó de esta falta, cayó sobre ella derrotándola y decidiendo á su favor la victoria.

Grande fue la pérdida de la reyna de Palmira, por lo que no tuvo mas arbitrio que el de irse á encerrar con las tropas que la quedaban en la capital, segun la aconsejó Longino.

Bien pronto se presentó Aureliano á ponerla sitio, que la reyna sostuvo con todo el valor de un hombre y el furor de una muger irritada. Cansado Aureliano de tan obstinada resistencia, escribió á Zenobia proponiéndola condiciones muy favorables para que se rindiese; pero ella, tambien dicen que por consejo de Longino, le dió con noble orgullo la siguiente respuesta: "No con cartas, sino con valerosos hechos se obliga á un enemigo á que se rinda. Si solo unos miserables foragidos han sido poderosos á vencerte, ¿qué no debes temer de esforzados varones resueltos á defenderse? Traed á la memoria que Cleopatra quiso mas bien darse muerte, que sufrir ser vencida."



Irritado con esta arrogancia el emperador, redobló sus esfuerzos en tales términos, que temiendo Zenobia el caer en sus manos, se salió secretamente de la ciudad, dejando en ella á Longino; pero perseguida en su fuga por las tropas enemigas, fue hecha prisionera al ir á atravesar el Eufrates. Pedia la soldadesca su muerte; pero mas humano ó tal vez mas orgulloso el emperador, quiso reservarla para hacer mas brillante su sobervio triunfo, concluido el cual dicen que la dió una magnífica casa y hacienda cerca de Roma, en la que acabó pacíficamente sus dias, despues de haber reinado con tanto esplendor.

Mas Aureliano no fue tan generoso con su leal amigo, pues que le hizo dar muerte con crueles tormentos, que sufrió Longino con filosófica serenidad y constancia.

Doña Carlota nos habló del valor de las mugeres de Lacedemonia, y entonces me recordé de este dicho de

### *Archileonida.*

Habiendo recibido la noticia de que su hijo habia perdido la vida en una batalla, preguntó si habia muerto como hombre valeroso. Algunos extrangeros que habian presenciado la accion y admirado el valor del joven, hicieron grandes elogios de él á su madre, añadiendo que no creian hubiese en Esparta un



ciudadano mas valiente, á lo que ella repuso: *ètais muy equivocados; pues aunque es bien cierto que mi hijo tenia mucho valor, gracias á los dioses aun quedan á mi patria muchos ciudadanos que valen mas que él.*

### *Timoclea.*

Hemos visto mugeres iguales en valor marcial á los hombres, y no podremos menos en la segunda de nuestras conversaciones de presentar muchos y muy notables egemplos de esta excelente cualidad que parece, y en efecto es mas propia del otro sexô, y como extraña al nuestro, pues que la naturaleza nos hizo mas débiles, tímidas, sensibles y compasivas.

Pero hay otra especie de valor á mi entender mas noble, mas sublime, y el cual pertenece mas propriamente á las mugeres: y no tanto consiste en hacer, quanto en sufrir el mal: tal vez se necesita mas virtud, mas fortaleza de alma para recibir la muerte sin defensa alguna, que para combatir matando y esponiéndose á morir, por lo que se diria que el valor, que llamaremos pasivo, es superior al activo.

Las mugeres son generalmente héroes en defender y vengar su honor ultrajado, y nada las cuestan los mayores sacrificios cuando los exige el amor conyugal y sobre todo el filial, como lo iremos comprobando en las historias que sucesivamente recorreremos.



Cuando Alexandro tomó por asalto la ciudad de Thebas en Beocia, uno de sus capitanes abusó violentamente de Timoclea, dama no menos hermosa que noble, y no contento con esto, la obligaba con amenazas á que le declarase donde tenia escondidas sus riquezas; á lo que ella contestó que en un pozo que le indicó: el capitan bajó al instante á él, y ella aprovechó la ocasion para vengar su honor ultrajado, tirándole un monton de piedras, bajo las que quedó sepultado.

Habiéndose apoderado el feroz Atila, que se intitulaba á sí mismo *Azote de Dios*, de la ciudad de Aquilea en Italia, un oficial de su egército quiso abusar de una dama que habia hecho cautiva; pero ella le suplicó solo que fuese en parage reservado, en lo que él convino, con lo que le llevó al instante á una habitacion, cuyo balcon daba al rio, y le dijo: Pues que quereis gozar de mí, no teneis que hacer mas que seguirme, y súbitamente se arrojó al agua, donde se ahogó.

### *Las Berenices.*

Una de las tragedias mas estimadas de Racine es la intitulada *Berenice*, la cual se funda sobre el suceso siguiente. Agripa el mayor, rey de los judios, tuvo una hija llamada *Berenice*, la cual casó con su tio Herodes, hecho rey de Calcidia: muerto este y pasado algun tiempo, para disipar los rumores que, no sin



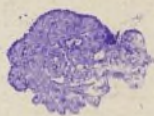
fundamento, corrian de que tuviese un trato incestuoso con su propio hermano, se determinó á contraer segundas nupcias con Polemon, rey de Cilicia, al cual redujo por su amor á que se hiciese judío; pero bien pronto le dejó por su anterior amante.

Como por entonces los judíos se hubiesen rebelado contra los romanos, estos mandados por Tito les hacian cruel guerra, cuyo éxito desgraciado para ellos no podia ser dudoso á toda persona sensata, y así Berenice les aconsejó que se sometiesen á sus enemigos para evitar su completa ruina, que en efecto se verificó. Mas ella, como muger prudente y sagaz, no solo se sometió á Tito, sino que tuvo maña para inspirarle un violento amor, puesto que tambien se lo tuviese por su parte. Arrebataado Tito por la fuerza de su pasión intentó no solo casarse con ella, sino ademas declararla emperatriz, lo cual por las leyes romanas le era gravemente prohibido; y así, como murmurase el pueblo, se vió obligado á contener su ardor y á hacerla salir de Roma.

La separacion dolorosa y cruel de estos dos amantes forma el argumento de la tragedia francesa, donde la fuerza del amor y la violencia que sufren Tito y Berenice estan pintadas con los mas vivos colores.

Dícese que toda la pieza es una alegoría muy delicada de los amores de Luis XIV con la hermosa *Manzini*, sobrina del cardenal Mazarino, con la que estuvo muy cerca de ca-





sarse y que la compuso Racine en concurrencia con Corneille, por mandado de Enriqueta de Inglaterra, cuñada del rey, que era muy aficionada á aventuras amorosas y novelescas. La hermosa Manzini habia dicho á Luis XIV. "Me amais, sois rey, llorais y yo parto." Así pues, no pudo menos de lisonjear sobremanera al monarca cuando Racine hace decir á Berenice: "Señor, sois emperador y llorais, me asegurais de vuestro amor, y sin embargo me veo obligada á partir (a).

Hubo otras Berenices, célebres en la historia, de las cuales haremos mencion aqui.

Dos de ellas fueron hijas de Tolomeo Filadelfo, ó *el que ama á sus hermanos*. La primera segun la costumbre de los Egipcios, se casó con su hermano Tolomeo Evergetes ó *el Benéfico*, y como este rey se dispusiese á entrar en campaña contra Seleno rey de Siria, Berenice ofreció sus hermosos cabellos á la diosa Venus si volvía feliz y triunfante. Así lo cumplió; pero como aquella misma noche hubiesen sido robados del templo, fue extraordinaria la pena que sintió Tolomeo, jurando tomar atroz venganza si llegaba á descubrir al robador. El célebre astrólogo Conon de Samos halló medio de templar su dolor, asegurándole que la dio-

---

(a) Vous êtes empereur, et vous pleurez... Vous m'aimez, et vous me le soutenez, et cependant je pars.



sa los habia elevado al firmamento colocándolos en los astros; y en efecto, los astrónomos cuentan á los *cabellos de Berenice* entre las constelaciones celestes, y son aquellas siete estrellas que se ven junto á la *cola del Leon*. Aun en tiempos muy posteriores el tierno Catulo celebró estos cabellos en muy elegante poema. Berenice sobrevivió á un esposo á quien tan tiernamente amaba; pero tuvo la desgracia de ser asesinada por su propio hijo, al cual no sin razon se acusa tambien de haber envenenado á su padre.

La segunda tuvo por esposo á Antíoco, por sobrenombre el *Dios*, rey de Siria. Estaba este casado con Laodicea, y como hubiese tenido desgraciada guerra con Tolomeo Filadelfo, solo pudo obtener la paz con la dura condicion de repudiar á Laodicea, y desheredar á los hijos que de ella habia tenido, y casarse con Berenice, aseguando la corona á los que de esta tuviese. Siete ú ocho años despues cansado de ella Antiocho, y hallando ocasion favorable volvió á unirse con Laodicea, la cual no habiendo olvidado su afrenta le envenenó, y persiguió á Berenice, que con su hijo se habia retirado á un templo en uno de los arrabales de Antioquía. Su hermano Tolomeo Evergetes acudió en su amparo, pero antes de que pudiese llegar, el hijo de Berenice cayó en manos de Ceneo, espía oculto de Laodicea, quien le dió muerte. Furiosa la madre, sube en un carro de guerra, persigue al asesino y logra



matarlo de una pedrada, pero habiendo caído despues en poder de sus enemigos, tambien sufrió la muerte.

No tuvo mejor fin, y por cierto bien merecido, otra Berenice, hija de Tolomeo Auletes, ó el *tocador de flauta*, pues como sus vasallos rebeldes le hubiesen privado del trono, dándosele á su hija mayor, que es la de que aqui tratamos, ella dió muerte á su marido Seleuco, para casarse luego con Arquelao, sacerdote en una ciudad del Ponto, con el que dividió su corona, y en cuya compañía vivió bien poco, pues él murió en una batalla, y á ella dió muerte su padre, habiendo logrado con el auxilio de los romanos sujetar á los rebeldes y recobrar su reino.

Por último haremos mencion de Berenice de Chio, una de las mugeres del célebre Mitrídates Eupator; pues habiendo sido vencido por Lúculo, general romano, temiendo que el vencedor se apoderase de un castillo donde tenia encerradas sus mugeres y atentase á su honor, las envió un eunuco con veneno para que lo tomasen. La cantidad que Berenice bebió no fue bastante para causarla la muerte con la prontitud que se deseaba, lo que sabido por Mitrídates, acudió presuroso y la alógó con sus propias manos. Accion, dice un historiador, fue esta que en el dia mismo pasaria por heroica entre los orientales; pero nosotros no podemos menos de mirarla con horror, y como el bárbaro resultado de tres pasiones de-



testables la incontinencia, los celos y la crueldad.

Y volviendo á nuestro propósito, continuó doña Joaquina, del que me he distraído algún tanto, hablemos ahora del honor vengado heroicamente, en las historias siguientes.

### *Camna.*

Sinato, uno de los principales Señores de la provincia de Galacia, en el Asia menor, fue asesinado por Sinorix, que habia concebido la mas violenta pasion por su bella y virtuosa esposa Camna, á la cual solo de aquel modo entendia poder lograr.

Libre Sinorix de su rival, procuró ganar el corazon de la desconsolada viuda con los mas delicados obsequios, y los mas ricos presentes, á los que ella se reusaba con suma cordura; pero temiendo que si abiertamente le manifestaba su odio, acudiese él á los medios mas violentos y contrarios á su casto honor, fingió corresponderle y que consentia en casarse, á cuyo efecto, y para hacer mas solemne su union, quiso se verificase ante el altar de Diana, de la que era sacerdotisa: una de las ceremonias era beber ambos esposos en una misma copa. Asi que Camna hubo pronunciado las palabras que aquel rito exígia, y hecho el acostumbrado juramento, tomó la copa en la que ocultamente habia echado un muy eficaz veneno, y despues de haber bebido, se lo presentó á Sinorix, quien no recelando el artificio bebió tambien



muy confiadamente. Llena de gozo entonces Camna, exclamó: "contenta muero porque mi  
" muy adorado esposo queda vengado, y mi  
" honor á salvo:" dicho esto no tardaron mucho en espirar ámbos.

Este suceso pareció de tanto interes al célebre Tomás Corneille, que le aprovechó para asunto de una de sus tragedias.

### *Susana y las dos Lucrecias.*

Asi como la cualidad que apreciamos mas en los hombres es el valor, por manera que nadie quiere pasar la plaza de cobarde, procurando todos ser esforzados y valientes ó parecerlo á lo menos, del mismo modo lo que mas ennoblece á nuestro sexô es la castidad.

Esta virtud nos da la otra cuando se trata de defenderla ó de vengar los ultrages que se la hacen, con lo que triunfando de cuanto la daña ó se le opone, merecemos, en premio de nuestros victoriosos esfuerzos, no solo la estimacion de los demas, sino aun la nuestra propia. Tan lisongera es esta recompensa para un alma nobles, que vemos amenudo tímidas y débiles doncellas armarse de un valor heróico para vengar su ultrajado honor.

En los principios del romano Imperio, cuando las costumbres estaban en su mayor sencillez y pureza, y la fé conyugal era mirada con el mas religioso respeto, una señora, de las principales de la ciudad, llamada Lucrecia, se casó



con Colatino, pariente de Tarquino II, por sobrenombre el *Sobervio*, séptimo y último rey de Roma.

Hallándose un día su esposo en un banquete con los hijos del rey, en el calor del festín cometió la imprudencia de pintar con tan vivos colores la extraordinaria hermosura de su esposa, que Sexto, hijo mayor de Tarquino, se prendó sobremanera de aquella imagen, ansioso por ver y gozar la realidad. Logró con facilidad lo primero, pues el mismo Colatino, neciamente confiado, le llevó á su casa, y viendo Sexto que el original era aun superior á la idea que de él habia formado, su pasión llegó á convertirse en un frenesí amoroso, resuelto á exponerse á todo por contentar sus criminales deseos.

Agitado con estos pensamientos, no tardó mucho en fugarse escondidamente del campo de Ardea, capital de los Rútulos que su padre tenia sitiada en la guerra que contra ellos habia emprendido.

Habiendo llegado de noche á Roma, se introdujo sin ser visto en la casa y cámara de Lucrecia, á la que halló reposando en su lecho. Acometióla furioso para saciar sus deseos, y como ella se resistiese denodada, valiéndose de la estratagema de amenazarla con que si no cedía la quitaría no solo la vida, sino el honor, matándola junto con un esclavo que consigo habia traído, y dejando á ambos cadáveres en la misma cama, resultaría que se creyese fun-



dadamente que habian sido muertos en justo castigo de su incontinencia. Atemorizada con esto Lucrecia, desistió de su resistencia dejándola Sexto, luego de saciada su brutal pasión, en el mas amargo y desesperado dolor.

Vuelta un poco en sí convoca á su padre, á su marido y á todos sus parientes, y comienza á referirles y pintarles el lance con la mas vehemente elocuencia; pero al llegar al terrible caso de su deshonor, bien claro lo manifestó en su rubor, deshaciéndose en lágrimas, sin poder articular palabra.

Estremecidos todos, juran vengar el ultrage segun ella se lo suplicaba, con lo que contenta se hundió un puñal en el pecho, creyendo que no debia sobrevivir á su ignominia.

Al instante se reunió el Senado y habiéndose presentado allí el yerto cádaver y el sangriento puñal, resultó la expulsion de los Tarquinos.

Todo este suceso está superiormente pintado por Ovidio en el libro 2.<sup>o</sup> de sus *Fastos*.

Muchas veces se ha comparado á Lucrecia con Susana, cuya historia referiré luego; pero la comparacion no es exâcta, dice un historiador, pues no podemos menos de mirar la virtud y heroismo de la judía como muy superior al de la romana, porque ésta prefirió la vida á la virtud, privándose despues de ella en su inútil desesperacion, mas aquella quiso mejor morir y sufrir la acusacion del crimen que cometerlo.



Otro autor moderno ha contrapuesto á la debilidad é inútil venganza de Lucrecia, la intrepidez de una religiosa jóven acometida brutalmente por cinco ó seis soldados, cuando el saqueo de una ciudad de Polonia. "Atemorizada  
 » al considerar el peligro que corre su inocen-  
 » cia, se arroja á los pies de uno de aquellos  
 » furiosos, y le dice: si no me haces daño al-  
 » guno, agradecida te descubriré un secreto  
 » que me enseñaron mis padres, y te hará in-  
 » vulnerable. Creyólo el soldado, y ella fin-  
 » giendo que untaba su sable con alguna com-  
 » posicion extraña que le manifestó, se lo vol-  
 » vió y le dijo: estoy tan segura, que puedes  
 » hacer la prueba en mí misma." Confiado el soldado la descargó un fuerte golpe en el cuello, con el que dividió la cabeza de los hombros.

Sin meternos, añade el autor, á decidir acerca de la moralidad de esta accion bajo todos sus aspectos, es bien cierto que es muy superior á la de Lucrecia en cuanto á valor y castidad, pues que supo conservar esta.

Ann intentan algunos preferirla otra Lucrecia conocida en los modernos tiempos, esto es, como á mediados del siglo XVII, y tambien en la misma Italia: vmds., señoras, seguirán en esta parte la opinion que mejor les parezca, pues no me atreveré á decidir esta cuestion.

El marques Eneas de Obbizzi, en el Paduano, estaba casado con la hermosa Lucre-



cia de gli Orologgi. Hallándose su esposo en su casa de campo, y ella en la ciudad, un caballero jóven que estaba perdidamente enamorado de ella, tuvo medio de introducirse en su alcoba, hallándose Lucrecia aun en la cama, con su hijo Fernando, niño de unos cinco años.

Tomóle á éste en sus brazos y á precaucion lo llevó á un retrete inmediato, y volviendo presuroso pintó su pasion con la mayor vehemencia á la dama, instándola porque le correspondiese; pero desentendiéndose ella de sus halagüeñas expresiones, acudió á las amenazas, las que despreciadas igualmente, convertido en rabia su amor, se arrebató en términos que la dió de puñaladas dejándola muerta. No tardó mucho en ser descubierto y preso, puesto que siempre se mantuvo negativo. Aunque no fue condenado al último suplicio como merecia, sufrió sin embargo una larga prision de quince años, y habiendo en fin salido de ella recibió el condigno castigo, pues á pocos meses aquel niño Fernando, único testigo del lance, hecho ya jóven, vengó á su madre, dándole muerte de un pistoletazo.

Y ahora pondremos fin á la conversacion de hoy con la historia de la casta Susana.

Era esta hija de Helcias, y muger de Joaquin, de la tribu de Judá, no menos hermosa que modesta, amante de su esposo y llena de virtud. Como entonces los judíos estuviesen cautivos en Babilonia, ella habitaba en



esta gran ciudad con su marido, que era el hombre mas rico y mas respetado entre los de su nacion. Dos ancianos, que á la sazón eran jueces del pueblo, concibieron por ella la mas culpable pasión, y como buscasen oportunidad de satisfacerla, vínoseles á las manos habiéndola hallado sola en su jardín bañándose. Acométienla furiosos, amenazándola que si se resistia la acusarian de adulterio; pero ella prefiriendo el conservar su castidad á todos los males que la pudiesen sobrevenir, comenzó á dar gritos, lo que tambien hicieron los viejos, acudiendo el uno á abrir la puerta del jardín, mientras los criados entraban por otra.

Mas ellos al instante comenzaron á increparla sobre el supuesto crimen que decian haber cometido con un jóven, que logró escaparse por la puerta que ellos mismos habian abierto. Dando el pueblo crédito á sus jueces fue condenada al último suplicio; pero quando iba á ejecutarse la sentencia, el jóven Daniel, que tanto poder tenia cerca del rey de Babilonia, y tan respetado era de los suyos, inspirado por Dios, logró el que se le permitiese exâminar mas detenidamente el caso; y en efecto, habiéndoles interrogado á cada uno separadamente, vió que se contradecian en su respuesta. Con esto se descubrió la maldad, triunfó la inocencia, y los viejos sufrieron el castigo que tenian preparado á su infeliz víctima.



## CONVERSACION III.

Como el tiempo permaneciese apacible continuaron las reuniones del TE en el jardín, y tocándole á doña Carlota seguir en la lectura de la obra de Mr. Segur, lo hizo en estos términos.

*Primeros Romanos.*

Entre los primeros romanos, pueblo de mas austeras costumbres que los griegos, y el cual durante quinientos años desconoció las artes y los placeres, las mugeres gozaron de noble y decente consideracion, practicando por su parte las virtudes que nacen de leyes sábias y del vigor con que en sus principios obran. Aquellos varones respetables por su severidad y valor, ocupados únicamente en la agricultura y en la guerra, salian victoriosos de los combates para volver á la amable compañía de sus esposas con aquel entusiasmo que inspiran la castidad de un sexô y la fidelidad del otro.

Como ellos estimando á sus mugeres no podian menos de respetarlas, todas las leyes favorecian al sexô; siendo dictadas mas bien por



la prudencia, que por la desconfianza y el rigor. Ocupadas las mugeres de continuo en los cuidados domésticos, en cumplir con sus obligaciones cifraban sus principales placeres. Alimentar y educar á sus hijos, hilar la lana para la ropa del esposo, rogar á los dioses, cuando estaba ausente, para su pronto y feliz regreso; en esto pasaban sus dias, y á esto se dirigian todos sus pensamientos.

Debemos observar tambien que la grandeza de alma que los romanos manifestaron en tantas ocasiones, dependia esencialmente de su educacion que se dirigia á inspirarles el mayor entusiasmo por los sentimientos nobles y virtuosos.

Y no obstante veremos que las mugeres romanas pasaban toda su vida, cual las griegas, en una especie de tutela ó dependencia de sus maridos: porque los honores que se concedieron á las sabinas, fueron por agradecimiento, y asi solo tuvieron un influjo momentáneo en la suerte de las mugeres en general.

El senado despues de la favorable negociacion que facilitaron las mugeres entre romanos y sabinos, prohibió el que en su presencia se tuviesen conversaciones que presentasen un sentido obscuro ó equívoco, mandó que en las calles públicas se les cediese el mejor lugar, y distinguió á sus hijos con una bolita de oro que les colgaba del pecho, y con la túnica llamada *pretexta* que llevaban hasta los diez y siete años.



Pero una ley de Rómulo que no podemos menos de mirar como bárbara, concedia á los maridos el derecho de vida y muerte sobre sus mugeres, bien asi como sobre sus hijos: y tambien tenian el de repudiarlas cuando les placia, bastando solo para ello con restituir la dote.

Tambien concedian á veces al principal entre sus esclavos la facultad de castigar á sus esposas, sirviéndonos de ejemplo el primer eunuco de Justiniano que se atrevió á amenazar á la emperatriz, consintiéndolo su amo.

Cierto es que en los primeros tiempos de la república las leyes no podian menos de participar de la aspereza rústica de unos hombres feroces y guerreros.

Pero todo aquel absoluto poder de los maridos vino á convertirse en favor de las mugeres, porque debiendo ceder y obedecer, conservaron no obstante, por largo tiempo, el mayor imperio sobre ellos, no por aquel sagaz cálculo, ó aquellos astutos procederes de la coquetería, brillante y peligroso resultado de costumbres corrompidas, sino por la rigidez de sus principios de educacion y la austeridad de sus costumbres. Pocas ocasiones hay en aquella época que no recuerden sucesos muy honoríficos para las mugeres.

Irritado justamente Coriolano contra su patria, no la concedió el perdón, sino á ruegos de su madre, con lo que agradecidos los romanos erigieron un altar en aquel mismo pa-



rage donde la venganza de un héroe cedió á la voz de una muger, y al ascendiente de sus virtudes.

Muchos otros casos podria citar, si no perteneciesen mas bien á la historia de las mugeres célebres, que mis amigas se han propuesto referirnos, que á la del sexô en general.

Para juzgar con acierto del carácter de los primeros romanos, y sus diferentes relaciones con las mugeres, tanto en cuanto á los hechos, como acerca de las leyes, no los debemos considerar ni en la época de Rómulo, en que el pueblo era bárbaro, ni cuando llegaron á corromperse sus costumbres; sino en la de este mismo Coriolano, en la que suavizada ya bastante su ferocidad natural, presentaba solo cierta austeridad de vida, y aquella primera esclavitud de las mugeres, un mero reconocimiento del absoluto poder de sus esposos, y del cual ellas por su parte solian apoderarse, no tanto como usurpadoras, sino como amigas, compañeras, rivales de gloria y de virtudes: dignas en fin de tener parte en sus triunfos.

Parecia pues que los romanos habian procedido con cierta inconsecuencia en el modo como trataron á sus mugeres, honrándolas unas veces y humillándolas otras.

El establecimiento de las vestales en Roma es tal vez uno de los que mas honraban las virtudes de nuestro sexô. Cuando una Vestal se encontraba con un reo que llevaban al suplicio, alcanzaba su perdon, bastando solo con



que jurase que el encuentro habia sido casual. El Censor romano tenia derecho para escudriñar la conducta de todos los ciudadanos y de castigar las faltas aun de los de la clase mas elevada, menos la de los dos cónsules, del prefecto de la ciudad y de la Vestal mas antigua. Si los principales magistrados y aun los mismos cónsules se encontraban con una Vestal, debian cederla el paso. Era castigado con pena capital el que las hacia la mas ligera injuria: eran las únicas mugeres, cuya declaracion tenia valor en juicio: á ellas les estaba encargado el conservar los archivos de los testamentos y demas escrituras públicas, y sus sacerdotisas eran buscadas como jueces árbitros en las disputas de familias.

Las damas romanas participaban de los títulos y honores de sus maridos; pero se tardó mucho tiempo hasta que se les permitió asistir á los banquetes de los hombres. El emperador Heliogábalo quiso que su muger tuviese voto en el senado; y aun poco despues creó uno de solo mugeres para decidir de los graves negocios de modas y etiquetas; pero tan ridículo senado murió á poco con su fundador.

Casi todos los miramientos que los romanos tuvieron con las mugeres, mas bien que de amor, nacian de estimacion hácia sus virtudes.

En los primeros y mas florecientes tiempos de Roma, se estimaba y respetaba tanto la castidad, que se borró á Manlio de la lista de



los senadores por haber dado un beso á su esposa delante de su hija. Despreciaban á las mugeres disolutas y concedian los mayores honores á aquellas en cuya conducta no se hallaba la menor mancha. Teniendo, tanto los primeros griegos como los primeros romanos, muy poca comunicacion con las mugeres, resultó que conservaron por mucho tiempo su agreste grosería. Los romanos debieron al rapto de las Sabinas la primera idea del trato con las mugeres, de lo que provino el que insensiblemente se fuesen civilizando.

Todo conspiraba en Roma á mantener aquella pureza de costumbres, aquella gravedad y modestia que hacía que las mugeres fuesen no menos importantes en el estado por el influjo de su grandeza de alma y de sus apreciables cualidades en la conducta de sus esposos, que necesarias por su sábia prudencia y sus heroicos sacrificios. Se meditaron y establecieron leyes, segun aquel amor al orden que arreglando las familias particulares en su gobierno interior, venia á producir la pureza de costumbres en la familia general de todo el pueblo.

Pero la naturaleza de las cosas es mas fuerte que la voluntad del hombre. La sociedad se altera y muda á medida que se aleja de su origen: miéntras que una nacion se forma y robustece, los obstáculos que hay que vencer obligan al trabajo. Se aprovechan todos los medios de adelantar: se da valor á las virtudes,



distinguiéndolas con el mayor aprecio. Pero cuando la nacion llega á ser poderosa, faltando la resistencia ó vencidos ya los obstáculos, se sigue naturalmente la pereza. El descanso, la misma paz que tanto se deseaba, y las artes que de ella nacen para hacerla mas deleitosa y amable, acaban por corromperla, por triunfar de las leyes, siempre fuertes en los peligros y débiles en la seguridad.

La época en que las damas de Roma comenzaron á presentarse en público fue un momento fatal y muy notable en la historia. Hasta entonces habian vivido retiradas en el seno de sus familias. Tentólas el lujo y las sedujeron los homenajes que se tributaban á su hermosura y á sus gracias: no tanto procuraban ser amadas, quanto se ocupaban en agradar: corrieron ansiosas tras los placeres, se olvidaron de sus obligaciones, y con esto el arte vino á ocupar el lugar de la naturaleza.

El tocado de las damas romanas era muy semejante á los que se usan en el dia: sugataban los cabellos, y los daban formas caprichosas con alfileres y peines guarnecidos de sortijas, de piedras preciosas y de cintas blancas ó de color de púrpura; y parece tambien que entre estos peinados los habia que indicaban la virtud y la modestia, y otros que manifestaban la coquetería y aun la disolucion.

Valíanse tambien de todos los medios posibles para suavizar el cutis, y así es que la famosa Popea, muger de Neron, tenia cincuenta



burras de leche para bañarse en ella todas las mañanas. Tambien nos dice un autor que inventó cierta composicion que se endurecia sobre la piel, pudiendo quitarse luego fácilmente con leche, y dejando el cutis de una blancura sumamente lustrosa. Esta especie de afeite se hizo al instante de moda.

Las túnicas de las damas romanas eran de finisima lana, pues las camisas de lienzo no comenzaron á usarse hasta el tiempo de los emperadores. Tambien fue muy escasa y de consiguiente cara la seda, y tanto que el emperador Justiniano respondió á su esposa que le instaba porque la comprase un manto de esta tela: *Me guardaré muy bien de cambiar una libra de oro por una de seda.*

En semejante época de lujo y desorden ya nadie se acordaba de aquella célebre Veturia que aplacó la cólera de su hijo y mereció en recompensa un decreto público para que los hombres cediesen el paso á las mugeres en todas partes: no se hacia mencion de Porcia, hija de Caton, ni de Julia, muger del gran Pompeyo, que murió de dolor al contemplar la túnica de su marido teñida en su propia sangre; ni de la jóven Romana que alimentó con la leche de su pecho á su padre preso en una cárcel.

Ya no se encontraban aquellas mugeres que en tiempo de Brenno libertaron á la pátria, ofreciendo todo su oro, con lo que merecieron el ser alabadas en la tribuna pública, jun-



tamente con los magistrados y los mas valientes guerreros, ni aquellas heroínas que después de la fatal derrota de Cannas dieron al estado sus alhajas y pedrerías.

En lugar de aquellas mugeres de tan austeras costumbres, solo se veian otras de talento ligero, de fútiles ideas, ocupadas en adornos y devaneos, en satisfacer sus caprichos, en llamar la atencion con sus modas, cuidándose poco de estimacion y de gloria, con tal que lograsen agradar. Pero para pintar hasta qué punto, aun antes de la época de los emperadores, se habian depravado las costumbres, aun entre los mismos que ejerciendo un mando superior debian de ser los que diesen el mejor ejemplo, citaremos la anecdota siguiente, la cual manifestará tambien de qué modo, segun algunos autores, se introdujo por la primera vez el nombre de Flora en el inmenso catálogo de las deidades gentílicas.

Cierta cortesana, llamada Flora, murió dejando inmensas riquezas, gracias al frenesí de sus amantes: en su testamento nombró por su heredera á la república, pero con la condicion de que todos los años se celebraria una fiesta en su honor. Como el senado hubiese empobrecido el erario público con todo género de rapiñas, se halló perplejo en este caso: pues por una parte queria admitir tan rica herencia, y por otra no podia menos de conocer que era la mayor ignominia el expedir un decreto para adorar á una cortesana.



En esta incertidumbre halló el arbitrio de fingir que aquella muger habia sido una diosa llamada Cloris por los griegos, y Flora por los latinos, y que habiéndose casado con Zéfiro tuvo el imperio de las flores.

Con esta estratagema tan vil en su objeto, cuanto ridícula en su forma, se decretó la fiesta que se llamó floreal, y se celebraba el primer dia de mayo, con la mayor disolucion: pues se dice que se presentaban en ella las cortesanas desnudas, cantando canciones deshonestas, todo lo cual manifestaba hasta qué punto habia llegado la corrupcion de las costumbres públicas.

### *Época de los Emperadores.*

Hemos visto á las mugeres gobernadas por diferentes leyes en diferentes climas, triunfar de los caprichos de los hombres acabando por adquirir ya mas ya menos influencia sobre ellos, hasta en medio de la esclavitud á que su despotismo las tenia reducidas.

Pero llegamos á aquella época en que Roma encenagada en todos los vicios, solo miraba á las mugeres como cómplices de ellos. No hubo tal vez otra mas ignominiosa para un sexo que todo lo pierde cuando desprecia la modestia y traspasa los límites del pudor.

Ya no tuvo freno alguno el desorden: cada dia se inventaba un nuevo género de desenvoltura. Las leyes que no habian podido



BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

preveer todos los grados del crimen, fueron demasiado débiles contra él: cuando quisieron acudir al remedio fue tarde, y atemorizadas fundadamente con el inmenso número de culpados, y la calidad de ellos, hubieron de enmudecer por no multiplicar, tal vez inutilmente, los castigos. Desde entonces se rompieron los diques del pudor, y para acallar los remordimientos de hoy, se prepararon nuevos crímenes para mañana.

Jamas gozaron las mugeres de mas libertad, de mas esplendor, ni de menos imperio sobre los hombres. Cuando interesan solo á los sentidos, ¿á qué viene á reducirse su poder? á un mero atractivo natural tan poco lisongero de inspirar como de sentir, que en su corta duracion nos figura el fastidio de un placer rápido y fugaz. Nada vale despojándole de todo aquel atavío de amor y de modestia, verdadero contentamiento del alma, sensacion deliciosa del corazon, que en los mismos placeres, nos ofrece una fuente perenne de entusiasmo y de gracias.

Sin embargo en medio de aquella general disolucion, se encontraban aun mugeres que sobresalian por sus excelentes cualidades.

Octavia, esposa de Marco Antonio, y hermana de Augusto, rival tan tierna y virtuosa de Cleopatra, fue una de aquellas mugeres que la naturaleza parece producir para probar que sean cuales fuesen las costumbres públicas, se hallan siempre algunas nacidas para honor de su sexô.

\*



Porcia muere con todo el valor de su padre Caton. Arria ayuda á su marido á quitarse la vida, siendo la primera en herirse con el puñal que ella misma le presenta. La sangre de Paulina se confunde con la de Séneca. Agripina, muger de Germánico, no teme á Tiberio, ni aun en el destierro á que la condena, y triunfando de las depravadas costumbres de su siglo, pasa lo restante de su vida llorando á su esposo. Gloriosa muerte recibe Eponina de la cobardía de Vespasiano, y para cúmulo de gloria, todas las mugeres ilustres de aquellos tiempos merecen el eterno honor de ser celebradas por la pluma de Tácito.

La señora doña Joaquina en su noticia de las mugeres célebres, nos hablará de las que no citaré aquí. Sin embargo hay una que no puedo pasar en silencio, y es la emperatriz Julia, muger de Septimio Severo, y á la cual pronosticaron que ascenderia al solio.

Como manifestase los mayores talentos políticos, mereció la confianza de su esposo, quien aunque no la amaba, siguió siempre sus consejos en los asuntos de gobierno. Cultivó las ciencias, y pasó toda su vida instruyéndose en ellas: dividiendo su tiempo entre los placeres y los negocios, tratando con los hombres mas sábios en su gabinete, con los mas amables de Roma en su palacio, y de los grandes intereses del estado en el trono, llegó á adquirirse una bien merecida fama, conservando el mis-



mo influjo en el reinado de su hijo que el que habia tenido en el de su marido.

Pero apesar de tanto talento y de tan excelentes prendas, como careció del principal mérito del sexô, y que aunque dada á la filosofía, no por eso fue mas virtuosa, se la tributaron mas lisongeras y brillantes alabanzas, que respeto y veneracion.

¡ Podemos, dice M. Tomas, olvidar á aquella Zenobia, tan digna de las lecciones de Longino, que supo igualmente agradar, escribir y vencer, la cual soportando sus desgracias con tanta filosofía, como grandeza de alma, halló en los recursos que la prestaba su ilustrado entendimiento todas las satisfacciones que perdió descendiendo del trono, como habreis podido advertir en la completa noticia que de la vida de esta reina nos ha dado doña Joaquina!

El mismo M. Tomas, haciendo una observacion tan exâcta como ingeniosa, presenta en su *Ensayo sobre las mugeres* la série de los sucesos, y determina casi las épocas de la alteracion de las costumbres en los elogios de las mugeres de los respectivos tiempos honradas en la tribuna romana.

“ El elogio de Junia, hermana de Bruto, y muger de Casio, fue el de la austeridad que aun se conservaba en las costumbres. El segundo, en el que se celebraba á Livia, madre de Tiberio, fue el paso de las costumbres austeras á otras mas suaves y de menos rigor. Pe-



ro el elogio de Popea, pronunciado por un emperador, y aplaudido por los romanos, manifestó que la corrupcion habia llegado al mayor exceso.”

¿ De qué causa nacia la disolucion en que Roma habia caido entonces? ¿ Debemos acusar á las mugeres? ¿ Eran ellas por ventura las que hacian las leyes? ¿ Podian por sí solas contener el ímpetu de los vicios que á manera de un torrente inundaban todas las clases del estado?

Bien sé que es muy comun el que las mugeres formen las costumbres públicas; pero no son ellas solas las que las pueden sostener en toda su pureza. Se las ha visto animar á la virtud, y aun inspirarla; pero siendo como son naturalmente débiles, ¿ pueden á un mismo tiempo combatir y ocuparse en contener una corrupcion fina y sagaz que para hacerse agradable toma mil formas sumamente lisongeras? Debemos ser justos y convenir en que haciendo siempre las mugeres un papel secundario, sin esperanza alguna de adquirir fama, solo pueden asociarse á la nuestra. A los hombres corresponden las grandes hazañas, y á las mugeres el mover é incitar á ellas. Desgraciadas serán si se establece un órden vicioso, pues no podrán menos de corromperse con nosotros, ó permanecer puras individualmente en medio de la depravacion general, sin poder reformar el órden social, ni oponerse á la invasion de los vicios.



Un hombre solo puede corregir las malas costumbres, pero no lo lograrán muchas mugeres virtuosas, aun procediendo de acuerdo. No hay duda en que los primeros romanos debieron una parte de su heroismo y de sus virtudes á las apreciables cualidades de sus mugeres: pero para que éstas eleven el alma de los hombres, y los exciten á grandes hechos es necesario que la opinion general tenga una inclinacion decidida á lo bueno. Cuando el imperio decaia rápidamente, ¿qué influjo podian ejercer en Roma las Porcias y las Arrias? No exijamos de las mugeres sino lo que podemos esperar de ellas.

Tienen viveza de ingenio, mas no profundidad de talento: siendo demasiado irritable su fibra, no pueden menos las mas veces de obrar por pasion: dominando en ellas la imaginativa, carecen de aquella reflexion profunda que se necesita para dictar leyes; por lo cual su mayor esfuerzo consiste en sujetarse á ellas. Mover á la persona que aman al amor á la gloria, sacrificar hasta sus propios sentimientos á su honor y á su obligacion: ser las que nos aconsejen, sostengan y consuelen en nuestras penas, la fuente de nuestros goces mas puros, tales son las principales cualidades de que las dotó naturaleza.

Suspenderé aqui por ahora mi lectura, dijo doña Carlota, suplicando á mi amiga doña Joaquina que tenga á bien darnos noticia mas extensa de las mugeres célebres de que he



ALMERO  
MUNICIPAL  
MADRID



hecho mencion : para lo cual estoy entendida que viene preparada.

Convino en ello doña Joaquina, y comenzó su lectura.

### *Veturia.*

Coriolano , uno de los patricios mas ilustres de Roma, asi llamado por haberse hecho dueño con su valerosa intrepidez de la ciudad de Corioles , se convirtió de libertador en el enemigo mas terrible de su pátria, por no haber podido obtener el consulado, haber sido acusado de tiranía y desterrado por lo mismo de la ciudad. Bien pronto le vió ésta á sus puertas al frente de un egército de Volscos, que eran sus mas implacables contrarios. Habia conquistado rápidamente todo el terreno de la república, y la capital no tenia suficientes fuerzas para resistirle : por lo que el senado hubo de acudir á las humillaciones y súplicas , enviándole primero una diputacion de varones consulares ; y como ésta nada hubiese alcanzado , otra de pontífices adornados con sus vestiduras sagradas.

Pero lograron con él las mugeres lo que no habian podido obtener ni el poder civil, ni el de su falsa religion ; esto es, lo mas respetable de Roma. Echáronse á sus pies llorosas Veturia su madre y Volumnia su esposa, acompañadas de las mas respetables matronas, con lo que cediendo el héroe , se retiró sin cometer en el camino hostilidad alguna.



Agradecidos los romanos á las mugeres, elevaron en el mismo parage de su triunfo un templo á la *Fortuna femenina*. Sin embargo esta condescendencia culpable para con los Volscos, costó la vida á Coriolano, pues por ella le dió muerte aquel pueblo, y las damas romanas manifestaron su sentimiento llevando luto seis meses.

### *Porcia.*

Privadas las naciones antiguas ó gentílicas del conocimiento de la verdadera Religion, carecian por lo tanto de una idea exâcta de la verdadera moral, y así tenian por virtudes ciertas acciones, que aunque las admiremos por el valor, arrojo ó constancia que suponen, no nos es lícito aplaudirlas ni presentarlas como ejemplos de verdadera virtud, contentándonos con tenerlas por heroicas, en el sentido que comunmente se da á esta palabra. Tales son algunas de las que tenemos que hablar, y en especial la siguiente:

El célebre Caton de Útica, que se quitó la vida por no ceder á la tiranía de César, tuvo una hija de ánimo tan resuelto y feroz como él. Llamábase Porcia, y fue muger primero de Bíbulo, y luego de Bruto. Cuando éste andaba tramando con otros senadores la conjuracion contra César, ocultábase de ella, temeroso de que fuese poco precavida en el hablar, ó no tuviese ánimo para tan grande empresa;



mas ella conociéndolo, hízose de intento ante su esposo una muy grave herida, lo que grande admiracion causó á Bruto, mas ella le satisfizo diciéndole: "quiero que conozcas palpablemente qué ánimo tan constante no tendria para darme muerte, si la conspiracion saliese mal, acarreándoos vuestra total ruina." Sabido es el éxito de aquel atentado que sumergió en nuevas y sangrientas guerras civiles á Roma; pero Porcia no quiso sobrevivir á su esposo, que cual Caton se dió tambien muerte á sí mismo: sus parientes cuidadosos de su vida se opusieron á tan funesto propósito, ocultando todo instrumento con que pudiese verificarlo; mas ella se dice, pues parece difícil de creer, que se procuró la muerte tragándose unos carbones hechos ascua, modo raro y espantoso de suicidio.

Este acto de desesperacion que los gentiles miraban como de valor y heroismo; los cristianos no podemos menos de reprobalo como un crimen, contra el autor de la vida y contra la misma sociedad; siendo mas bien hijo de cobardía, que de heróico valor. Hablando un moralista moderno del atentado de Caton contra sí mismo se explica así: "Cuán notable diferencia no se advierte entre Caton y un cristiano. Sabe éste muy bien que Dios es el único dueño de su vida, y que habiéndola recibido de él, el darse muerte á sí mismo es cometer un crimen igual al del centinela que deja su puesto sin órden de su gefe."



» ¡Cuán diferentes son los sentimientos de Ca-  
 » ton de los del apóstol San Pablo! Éste desea  
 » la muerte para unirse con Dios; pero no se  
 » reusa á vivir ni á soportar con verdadero  
 » valor las persecuciones y tormentos cuan-  
 » do redundan en gloria del Señor y prove-  
 » cho del prógimo."

### *Arria.*

Ved aquí un ejemplo de heroismo feroz. Habiendo sublevado Escribonio la Iliria contra el emperador Claudio, tomó parte en la conspiracion Cecina Peto, y como fuese éste cogido y condenado á muerte, entendió su esposa Arria, que era preferible el que se la diese él mismo, y para animarle con su ejemplo, se clavó un puñal en el pecho, y luego se lo dió diciéndole : *Peto, no duele.*

### *Julia, muger de Pompeyo.*

Por la muger mas virtuosa de Roma fue tenuta Julia, hija de César y de Cornelia. Tuvo primero por marido á Cornelio Cepion, pero obligada por su padre se divorció de él para casarse con Pompeyo, con el cual interesaba mucho á la ambicion de César el formar estrecha alianza. Fue en efecto la hija un lazo tan firme de ella, que no se rompió durante su vida, pues Pompeyo la amó con tanta ternura, que ocupado solo en complacerla, olvi-



dó los negocios y las armas; pero muerta Julia, renació la enemistad, y se siguieron los terribles bandos entre los dos rivales que inundaron de sangre al mundo, y solo concluyeron con la desastrada muerte de Pompeyo.

Doña Carlota ha hablado de otra Julia, muger del emperador Septimio Severo, en la cual se admiraron brillantes cualidades, aunque manchadas con infames vicios: por lo que mas bien tocaria tratar de ella á su tiempo á doña Margarita que á mí; pero como haya otras mugeres malas del mismo nombre de Julia, se las reservaremos, contentándome con dar una ligera noticia de ésta.

### *Julia Donna.*

Nació en la Fenicia, en la ciudad de Emesa, y era hija de un sacerdote del Sol. Habiéndose casado con el emperador Septimio Severo, que estaba en extremo enamorado de su hermosura, de sus gracias y de su sobresaliente ingenio, le dominó por medio de esta pasión, burlándose de él, y aun de su propio honor, pues que se abandonó sin freno alguno á la mayor disolución de costumbres.

Plaucio, que gozaba de mucho favor cerca del Emperador, manifestó á éste todas sus infamias, deseoso de perderla; pero cuán poco debia conocer cuán despótico es el imperio que una muger ejerce sobre un hombre cuando es ciegamente amada: no ella, sino él fue



el que sufrió el castigo , perdiendo la vida.

Orgullosa Julia con triunfo tan decisivo, se abandonó segura á sus desórdenes; pero habiendo muerto desgraciadamente su confiado esposo , tuvieron límites sus detestables placeres. Sus dos hijos , uno de los cuales habia intentado varias veces asesinar al padre , se manifestaron irreconciliables enemigos el uno del otro : sedientos de su sangre , á cada instante se estaban amenazando de muerte , hasta que en fin Caracala , que vino á ser el vil asesino del padre , lo fue tambien de Geta , y esto en los brazos de su propia madre , la cual , ¡ qué horror ! si hubiésemos de creer á Esparciano , cayó en la abominacion de prostituirse á su hijo Caracala.

Perdóneme pues doña Carlota que la diga, que no puedo seguir á su autor en el extraordinario elogio que hace de esta muger , que deberemos mirar como la mayor afrenta de nuestro sexô.

### *Las dos Octavias.*

Si los desórdenes y atrocidades nacidos de ilimitada ambicion y de amor desenfrenado á los placeres , hubieran podido tener remedio en Roma , se habria debido á dos mugeres virtuosas , nacidas en aquella misma familia que despedazaba á la república con su ambicion, la admiraba con su talento y la escandalizaba con sus infames vicios y desórdenes.

Hemos visto á Julia , hija de César , conso-



lizar la paz entre éste y Pompeyo , haciéndola tan duradera como su propia vida : ahora vamos á ver á una resobrina del mismo , y hermana de Augusto , casarse con Marco Antonio para formar el nudo principal de aquel funesto triunvirato que despues de mil horrores, concluyó destruyéndose á sí mismo y á la república, para que naciese el brillante imperio de Augusto.

Llamábase esta muger Octavia, y se dudaba cual era lo que en ella sobresalia mas , si la hermosura ó las excelentes prendas de su alma, perfeccionadas con la mas cuidadosa educacion. Estuvo primero casada con Claudio Marcelo, del que tuvo un hijo, al que puso el mismo nombre, educándole con su ejemplo y sus sábias lecciones para que algun dia pudiese ser las delicias del romano pueblo. Convino á la sagaz política de Augusto el que se casase luego con su cólega Marco Antonio, hombre cuyos abominables vicios obscurecian , y aun hacian inútiles, sus excelentes cualidades de valor , inteligencia , generosidad y celo por sus amigos. En este matrimonio vemos contrapuesta la virtud de Octavia á los desórdenes de su esposo: resalta en ella el amor conyugal , al que él corresponde con infidelidades y desprecios. Frenético de amor por la reina de Egipto Cleopatra, que le acarrea al fin su total ruina , abandona á su casta esposa , por correr en pos de aquella artificiosa y disoluta muger. Síguele Octavia deseosa de arrancarle de tan funestas cadenas,



pero la infeliz halla en premio de su puro amor el mas frio recibimiento , y la órden fatal de volver á Roma.

Irritado Augusto de esta afrenta , jura vengarla ; Octavia tan extremada en sus virtudes, cual Antonio en sus vicios , procura escusarle y aun defenderle , no desesperando de poder reconciliar á dos personas que tanto amaba; pero fueron inútiles sus mas activas diligencias, pues Antonio corria desbocado á su ruina , que bien pronto se verificó dándose sangrienta muerte él y la reina de Egipto.

Viuda ya Octavia , vivió con Augusto gozando de su paternal cariño , de los respetos del pueblo romano y de los honores debidos á su mérito, dedicada exclusivamente á completar la feliz educacion de su hijo Marcelo , á quien se miraba como al heredero presuntivo del imperio , siendo sobrino del emperador, y habiéndose casado ademas con su hija Julia. Fundábanse sobre él las mas lisongeras esperanzas, pero se desvanecieron cual vana sombra por su temprana muerte , llorada de los buenos ciudadanos.

Fue tan grande la pena que su madre sintió, que perdió á poco la vida, lo que causó luto y llanto general en todo el imperio: Augusto pronunció su oracion fúnebre que vino á ser el panegírico de sus virtudes. Los yernos de Octavia llevaron el féretro, y el pueblo romano tan extremado en su amor , cuanto en su ódio, y que unia la supersticion á todas sus pasiones,



hubiera tributado honores divinos á su memoria , si Augusto no hubiese tenido la cordura de impedirlo.

Muy mas desgraciada , aunque no menos querida del pueblo romano , fue otra Octavia, cuya virtud formaba el mas notable contraste con las maldades y vicios de su familia , pues basta decir que fue hija del emperador Claudio y de Mesalina , y muger de Neron. Este monstruo de crueldad y lujuria no tardó en repudiarla pretextando que era estéril; pero en realidad para casarse con Popea.

No contenta ésta con ocupar su lugar cerca del Emperador, trató de perderla , acusándola falsamente de que habia tenido trato adulterino con un esclavo. Para probarlo acudieron al bárbaro arbitrio de dar tormento á sus criadas , algunas de las cuales no teniendo bastante fortaleza para resistirlo , convinieron en la falsa declaracion; pero la mayor parte se mantuvieron firmes atestando de su inocencia.

No obstante, la infeliz Octavia fue desterrada á la Campania; pero como aun no se hubiese perdido del todo el amor y respeto á la virtud en Roma , las quejas y descontento del pueblo obligaron á hacerla volver , celebrándose su vuelta á la ciudad con inexplicable alegría , fiestas y regocijos voluntarios , tributándola los mas lisongeros honores.

Conoció Popea que era segura su ruina si no verificaba la de su rival , y así arrojándose á los pies de Neron , logró con sus lágrimas y



sus falsas caricias que se decretase la muerte de Octavia, que se verificó desterrándola de nuevo á una isla, donde la abrieron las venas para que se desangrase, y luego la cortaron la cabeza, que presentaron á la cruel Popea.

La infeliz víctima apenas habia cumplido entonces veinte años.

### *Popea.*

No tuvo mejor fin esta cruel y desenvuelta muger, pues que á poco tiempo Neron en uno de sus frecuentes arrebatos de furor, la mató de una patada, que estando embarazada la dió en el vientre.

Era Popea de las mas ilustres familias de Roma, pues que descendia de Popeo Salino, que mereció los honores del triunfo. Su primer marido fue Rufo Crispino, del que tuvo un hijo: Othon favorito de Neron, y luego emperador, se la quitó á Rufo, y se casó con élla. Pero como Othon la alabase de continuo á Neron, éste se la quitó á él tambien, y repudiada Octavia, se casó con ella, teniendo á poco una hija, cuyo nacimiento le llenó de gozo, con lo que tanto á la hija como á la madre las concedió el título de Augustas.

### *Agripina, esposa de Germánico.*

Ambos fueron las delicias del pueblo ro-



mano en vida y la causa de llanto y luto universal á su muerte. Habiendo adoptado Tiberio á Germánico, y siendo sobrino de Augusto, esperaba Roma que volveria á gozar de tiempos tan felices bajo su imperio.

Ocupado en continuas guerras, su esposa Agripina abandonando los placeres y comodidades de Roma, le siguió constante en sus campañas de Alemania y Siria. Tiberio aborrecia á Germánico, envidioso de sus virtudes, de su mérito y del amor que el pueblo le manifestaba; y no pudiendo resistir á la fuerza de tan vil pasion, se asegura que le hizo dar veneno por medio de Pison, cuando se hallaba en la flor de su edad, pues solo tenia treinta y cuatro años, y en el colmo de su gloria por el amor de su ejército y sus grandes victorias sobre los enemigos de Roma.

"Fueron célebres sus funerales, dice Tácito, no por las imágenes y la pompa del acompañamiento, sino por la general alabanza y la grata memoria de las virtudes del héroe." Tanto fue su mérito, que este mismo autor no duda en compararle á Alejandro, y aun en hacerle superior.

En sus últimos instantes dirigiéndose á su esposa y amigos, suplicó á ésta moderase su demasiado orgullo para no irritar mas y mas á Tiberio, de donde provenian las desgracias de su familia: manifestó sus fundados recelos de haber sido envenenado por Pison y su muger Plancina, y les pidió cuidasen de su ven-



ganza, lo que todos y en especial su esposa prometieron.

Aunque Agripina estaba entonces embarazada, y muy distante de Roma, no se detuvo en embarcarse con sus ocho hijos, y la urna que contenia las cenizas de su esposo. El mas lisongero triunfo para esta heroína, fue su llegada á Italia, y su entrada en Roma: pues los pueblos la salian al encuentro derramando sinceras lágrimas, tomando parte en su dolor y tributándola los mayores obsequios.

No asi Tiberio, el cual envidioso de una gloria tan pura que no podia obtener, porque no sabia merecerla, anduvo sumamente parco en las fiestas fúnebres y en los honores á las cenizas de su sobrino, lo que aumentó el ódio del pueblo hácia él, y su amor á Agripina.

Animada esta con tan universales y sinceras pruebas de afecto, no se detuvo un instante junto con los amigos de su esposo en acusar á Pison en el senado, por medio de Vitelio Veranio. Jamas hubo negocio que mas fijase la atencion y el interés público. Los enemigos de Pison desplegaron la mas fuerte elocuencia contra él; pero los que se intitulaban sus amigos, le defendieron débilmente; pocos medios habia en verdad para hacerlo mejor.

Todo el mundo y hasta el mismo Tiberio que asistió aquel dia al Senado y comenzó perorando de un modo equívoco, acabó por declararse contra él; por lo que viéndose perdi-

\*



do, pues el pueblo gritaba que si escapaba del Senado, no escaparía de sus manos, se quitó á sí propio la vida. Solo logró con esto Agripina el vengar á su esposo, pues por lo demas creciendo la envidia y el ódio de Tiberio contra ella, la desterró á una isla, donde la hizo morir de hambre. Es notable que de un matrimonio tan virtuoso naciesen dos monstruos, cuales fueron Calígula, y la segunda Agripina, madre de Neron, de la cual nos hablará á su tiempo la amiga doña Margarita.

### *Livia Drusila.*

No por sus grandes virtudes, sino por su profunda y malvada política se hizo célebre Livia Drusila, muger de Augusto, y madre del Tiberio, de quien acabamos de hacer mencion. Esta muger, dotada de un genio vivo y alegre, y de un carácter tan amable, cuanto falso, era hija de Livio Druso Calidiano, y se casó con Tiberio Claudio Neron, del que tuvo dos hijos: el uno el emperador Tiberio, y el otro Druso, por sobrenombre *Germánico*. Aquel fue bien parecido á su madre en la falsedad y en su malvada política, éste sobresalió por su valor, su bondad y muchas excelentes prendas, y mereció su sobrenombre por haber vencido á los galos y á los germanos.

Como al mismo tiempo que sumamente sagaz fuese Livia en extremo hermosa, logró



hacerse amar entrañablemente de Augusto, el que se la quitó á su marido, y aunque á la sazón se hallaba embarazada, no por eso se detuvo en casarse con ella, con consentimiento de los sacerdotes de Roma, mas temerosos del poder del triunviro que rígidos observadores de la ley y de las reglas de la equidad.

Unida con Augusto, se hizo tan dueña de su corazón, que llegó á mandarle en un todo, sirviéndole de único placer y consuelo. Tan ambiciosa, cuanto disimulada, no contenta con ser esposa de un emperador, aspiró á ser madre de otro, y para esto indujo mañosamente á Augusto á que adoptase como hijos á los que ella habia tenido de su primer marido. Y como aun hubiese otros que tenían mas derecho á la sucesion, se asegura que les hizo dar muerte, y aun al mismo Augusto, temerosa de que designase por su heredero á Agripa Póstumo su nieto, é hijo adoptivo, con el cual tambien se dice acabó del mismo modo.

Esta muger mala para todos, y únicamente buena con su hijo Tiberio, aun mas malvado que ella, recibió en lugar de agradecimiento el condigno castigo de sus crímenes; pues que ningun caso la hizo, y aun la maltrató durante su larga vida de ochenta y seis años. A su muerte no cuidó de los convenientes funerales, anuló su testamento, y prohibió el que se la hiciese honor ninguno.



*Paulina, esposa de Séneca.*

Uno de los hombres mas sábios de Roma tuvo por discípulo al mayor monstruo del mundo. Séneca el filósofo fue maestro de Neron : bien es cierto que mientras éste siguió sus consejos, se condujo de modo que fue el amor del pueblo romano ; mas se hizo aborrecible , cuando los abandonó guiado por las infames lecciones de Popea y de Tigelino. Como las virtudes de Séneca fuesen una continua censura de sus vicios , intentó envenenarle valiéndose de su liberto Cleónice, el cual no pudo lograr su intento , porque receloso el filósofo solo se alimentaba de frutas y de agua. Insistiendo Neron en deshacerse de él , halló motivo en la conspiracion de Pison, en la que realmente se cree que tuviese parte , aunque no se le pudiese probar del todo.

Con esto se le condenó á muerte, dejándola á su eleccion , y él escogió la de desangrarse. Habia entrado tambien en la conjuracion su virtuosa muger Paulina , y aunque no se la dió orden de morir , quiso imitar á su esposo. La sangre de este, helada con los años, corria lentamente ; y como el tribuno encargado de presenciar la ejecucion y de dar cuenta de ella , le apresurase á terminarla, Séneca se metió en un baño caliente, cuyo vapor le ahogó á poco.

En cuanto á Paulina prontamente vino ór-



den de Neron para que la impidiesen morir, conteniendo la sangría; pero aunque vivió algunos años despues, su extremado dolor, su suma debilidad y la gran palidez de su rostro atestiguaban el heroismo de su amor conyugal.

### *Epicaris.*

Entre las muchas mugeres que habiendo tomado parte en esta conspiracion, manifestaron un valor varonil luego de descubierta, se distingue Epicaris, la cual sostuvo el rigor de los mas crueles tormentos, sin declarar ninguno de los cómplices; pero considerando que al otro dia se renovarían, y temiendo ceder á su fuerza se ahorcó. Hablando de ella Tácito, dice: "Este egemplo de valor es tanto mas notable  
 » cuanto que Epicaris era de una clase comun,  
 » y que á muchos de los sugetos de que se  
 » trataba apenas los conocia, ni aun tenia relación alguna con ellos: cuando al mismo  
 » tiempo se veían caballeros romanos, y aun senadores apresurarse á descubrir, sin ver-  
 » se apremiados, hasta á las personas que mas  
 » deberian estimar."

### *Eponina y Sabino.*

Al principio del reinado de Vespasiano, uno de los principales señores de las Galias, llamado Julio Sabino, se atrevió á tomar el título de César, y juntar un egército para sos-



tener su rebelion; pero bien pronto fue derrotado y puesto en vergonzosa fuga por las tropas del emperador. Temiendo Sabino que si caia en sus manos pagaria con la muerte su atentado, se valió de la siguiente estratagema.

Retiróse á una casa de campo fingiendo que desesperado iba á darse muerte, y á abandonar su cuerpo á las llamas, para no sufrir la afrenta del castigo, ni aun privado de la vida; por lo cual dió libertad á sus esclavos, y despidió á la demas familia, quedándose con solos dos libertos, en los que tenia entera confianza. Hecho esto puso fuego á la casa para que el engaño fuese completo, y se escondió en una profunda y espaciosa cueva, solo de él y sus libertos conocida.

Extendióse la noticia de su muerte, y como pronto llegase á oidos de Eponina su esposa que tiernamente le amaba, fue tan extremado su dolor que pasó tres dias enteros sin tomar alimento, resuelta á no sobrevivirle. Sabedor de ello Sabino, no pudo menos, para impedir que fuese víctima de su amor, de avisarla donde se hallaba.

¡Cuan grande no sería el gozo de la esposa al saber que era vivo aquel que lloraba perdido para siempre. Corre desalada á sus brazos, le consuela en aquella especie de sepulcro, pues que hasta le era negado el ver la luz del dia.

Bien hubiera querido ella acompañarle, y en efecto pasaba la mayor parte del tiempo á



su lado, como que era su único contentamiento y placer; pero para no excitar sospechas y cuidar de los negocios de su casa, la era preciso salir, procediendo con la mayor precaucion y reserva. Con esto pudo lograr el que el caso estuviese oculto por nueve años, durante los cuales tuvo dos hijos gemelos que dió á luz y crió en el subterráneo. Mas al cabo del tiempo tuvieron la desgracia de ser descubiertos por las frecuentes entradas y salidas de Eponina. Toda la familia fue llevada á Roma, cargada de cadenas. La infeliz esposa con sus dos hijos nacidos en el subterráneo, se echó á los pies de Vespasiano implorando con lágrimas el perdon: mantúvose inexorable el Emperador, y la hizo dar muerte junto con su esposo. Esta accion mancha por su odiosidad la buena memoria de Vespasiano, y es tanto mas notable, cuanto que siempre manifestó sentimientos compasivos.

El mútuo amor de estos dos infelices esposos ha presentado un argumento de tragedia á varios poetas.

### *Cimon, ó la piedad Romana.*

Entre las penas con que los antiguos Romanos castigaban los delitos, una de ellas era la llamada del *agua y del fuego*, que consistia en impedir que nadie diese al reo alimento alguno. Un anciano llamado Cimon, fue sentenciado á este castigo; pero como su hija



tuviese la libertad de verle en la cárcel donde le tenían estrechamente encerrado, discurrió el arbitrio en su amor filial, de alimentarle con la leche de sus pechos. Como el carcelero notase que Cimon vivia mas del término natural, procuró averiguar la causa, y sabida dió parte á los jueces, los que admirando la piedad de la hija, perdonaron en favor de ella al padre, al mismo tiempo que el pueblo romano, admirador de las acciones virtuosas, quiso perpetuar la memoria del caso, mandando abrir una medalla que lo representaba, otros dicen que era un cuadro, y bien pudieron ser ámbas cosas. Valerio Máximo habla con admiracion de él, y dice que hacia tanta impresion en los que lo veian, como si tuviesen presente el original. Este cuadro ó medalla se colocó en un templo que con este motivo erigió Manio Acilio Glabrion á la *Piedad* y en honor de la hija de Cimon.

Tenemos en los tiempos modernos un cuadro de Andres del Sarto que representa el caso, y es muy alabado de los inteligentes.

### *Las Vestales de Roma.*

Terminaremos la lectura, dijo doña Joaquina, que se va haciendo demasiado larga, con la noticia de las Vestales, que tampoco podrá ser corta.

Por tal la tendremos, contextaron algunas señoras si es agradable, y nos dá noticia exâc-





ta de ellas , como lo esperamos, pues que nos son poco conocidas.

La institucion de las Vestales, dijo doña Joaquina, es una de las mas notables de la antigua Roma.

La diosa Vesta , muger de Urano , y madre de Saturno, fue tenuta tambien por la tierra , y se la intituló unas veces Cibeles , y otra Pales. Los filósofos pitagóricos la entendieron por el universo al que daban un alma, única deidad á la que tributaban adoracion , bajo el nombre de *Pan* , que significa el *Todo* ó de *Monas*, que significa *Unidad*.

La Vesta virgen , hija del mismo Saturno y de Rhea , era la diosa del fuego , ó el fuego mismo , pues el nombre de Vesta es sinónimo de fuego ú hogar entre los griegos. Esta deidad era una de las mas antiguas del paganismo , y tenia templos en toda la Grecia , siendo mirado como ímpio el que no la hacia sacrificios, comenzando y acabando por lo comun los que se ofrecian á las demas deidades, por el suyo: pues su nombre se invocaba antes del de los otros dioses.

Su principal culto consistia en guardar el fuego sagrado , cuidando de que nunca se llegase á apagar , y esta era , como veremos , la obligacion primera de las Vestales. El templo de Vesta en Roma tenia casi la figura de un



globo, no para significar, dice Plutarco, que Vesta fuese el globo de la tierra; sino para denotar todo el universo, en medio del cual suponian hallarse el fuego ó Vesta. Estaba abierto todo el dia, durante el cual todas las personas podian entrar en él, pero ningun hombre pasar allí la noche, ni aun penetrar en lo interior del templo.

Eneas y sus troyanos trageron de la Frigia á Italia el culto de Vesta, el cual ellos habian recibido de otros pueblos orientales. El héroe Frigio conservó con sumo cuidado el fuego sagrado de su hogar, y así fue luego, que todos los ciudadanos en Roma mantuvieron el fuego de Vesta á las puertas de sus casas, de donde parece viene el nombre de *Vestíbulo*.

Entre todos los establecimientos religiosos de Numa Pompilio, uno de los mas dignos de atencion, es sin duda el de las Vestales, el cual tomó de la ciudad de Alba donde era muy antiguo: pues vemos que Amulio despues de haber echado á su hermano Numitor de sus estados, creyó que para gozar con sosiego de su usurpacion, sería conveniente sacrificar toda su familia. Comenzó por Egestes, hijo de aquel infeliz rey, al que hizo asesinar andando de caza. En cuanto á su sobrina, hija tambien de Numitor, llamada Rhea, Silvia ó Ilia, se contentó con hacerla entrar en el orden de las Vestales, con lo que no solo lograba el impedirla contraer ninguna alianza que le pudiese ser perjudicial, sino que la colocaba de un modo



conveniente á una princesa de su propia sangre.

Desde el principio ostentó este órden en Roma el mas augusto aparato. Segun algunos, Numa las dió habitacion en su propio palacio; y las hizo en extremo respetables al pueblo, por las ceremonias que puso á su cargo, y por el voto de virginidad que exigió de ellas; y aun hizo mas, pues las confió el guardar el Paladio, y mantener el fuego sagrado que siempre debia estar ardiendo en el templo de Vesta, y era el símbolo de la conservacion del imperio.

Segun nos dice Plutarco, Numa no podia depositar la substancia del fuego que es pura é incorruptible, sino en personas sumamente castas; y como este elemento sea estéril por su propia naturaleza, su imágen mas sensible debia ser la virginidad. Ciceron decia que el culto de Vesta solo debia tributarse por vírgenes libres de pasiones y de los cuidados del mundo. Numa prohibió el que se recibiesen Vestales que bajasen de seis años ó pasasen de diez, para que siendo de tan tierna edad, no se sospechase de su inocencia, ni se hiciese equívoco el sacrificio.

Aunque eran grandes los honores que disfrutaban las Vestales, no se encontraban fácilmente por las muchas circunstancias que se exigian, y porque los padres temian el solicitarlo, no solo por amor á sus hijas, sino tambien porque si éstas faltaban á sus obligaciones, su suplicio deshonoraba á toda la familia.



La ley Papia disponia que el Sumo Pontífice, no habiendo Vestales voluntarias, escogiese veinte jóvenes romanas, las que le pareciese, y de ellas sacase por suerte las que faltasen. Al instante que se recibia una Vestal, se la cortaban los cabellos, que se colgaban al árbol ó planta llamado *lotos*, que quieren sea el almez; y que tan celebrado fue en lo antiguo por las ficciones de Homero.

Numa solo estableció cuatro Vestales: Servio Julio añadió otras dos, y en este número se fijaron sin que se aumentase ni disminuyese durante el imperio.

Para que pudiesen mantenerse con toda conveniencia y esplendor las asignó haciendas, derechos y rentas. En lo sucesivo se aumentaron sus bienes con herencias, legados y piadosas fundaciones, con tanto mayor motivo en los que las hacian, cuanto que los bienes de las Vestales eran un recurso seguro en las necesidades públicas. Cornelia, segun nos dice Tácito, habiendo entrado á ocupar el puesto de una Vestal, recibió una donacion de cerca de ochocientos mil reales. Augusto que se aplicó á aumentar la magestad de la religion, creyó que lo que mas podia contribuir á ella, era el aumentar al mismo tiempo la dignidad y las rentas de las Vestales.

Las sacerdotisas de Vesta en Alba hacian voto de virginidad por toda su vida; pero Numa solo lo exigió de las de Roma por treinta años: los diez primeros los pasaban en apren-



### III

der sus obligaciones, los otros diez en practicarlas, y los últimos en enseñar á las demas: concluido el tiempo podian casarse y aun algunas lo hicieron; pero si querian permanecer en el colegio ó casa podian hacerlo, y seguian gozando de todos los privilegios y honores; mas segun algunos autores ya no podian egercer su ministerio. Tácito dice expresamente lo contrario, asegurándonos que Occia gobernó las Vestales durante cincuenta y siete años, presidió las ceremonias de la diosa con mucha inteligencia y dignidad, y que solo despues de su muerte se la dió una sucesora en aquella presidencia que egercia siempre la de mayor edad.

Ya hemos visto los honores y privilegios que las Vestales gozaban en Roma: ademas de esto disfrutaban de toda libertad y de muchas riquezas, y tomaban parte en las diversiones y placeres. Vivian en el lujo y la molicie: asistian á los espectáculos del circo y del teatro, donde Augusto las designó luego un banco separado enfrente del de el Pretor, asiento sin duda el mas distinguido, pues que el Senado creyó honrar á Livia concediéndola un puesto en el banco de las Vestales. Salian amenudo á comer con su parientes: los hombres tenian libertad para visitarlas durante el dia. Asi fue que retirándose tarde de noche una Vestal, fue acometida y violada por unos jóvenes disolutos que no la conocieron, ó fingieron no conocerla, y con este motivo se mandó



que las acompañase un licitor con las haces.

Su ropage no tenia nada de austero ni triste, al contrario era rico y gracioso, pues consistia en una especie de gorra ó turbante que solo las cubria la cabeza, y se ataba bajo la barbilla con cintas: luego dejaban crecer los cabellos, que peinaban de mil modos caprichosos como las demas mugeres. Sobre sus ropas interiores llevaban un como roquete de tela finísima, y sumamente blanca, y luego un gran manto de púrpura, que regularmente pendia de solo un hombro, y dejaba libre el otro brazo que llevaban enteramente desnudo. En los dias festivos añadian algunos adornos particulares con lo que aumentaban su dignidad, sin disminuir la gracia. Hubo muchas Vestales que casi solo atendian á su adorno, haciendo gala de su magnificencia, aseo y delicado gusto en sus trages. Sus literas eran riquísimas: salian á la calle con gran fausto, y subian al Capitolio en magníficos carros acompañadas de innumerables criadas y esclavos.

Minucia se vestia tan profanamente y tenia un aire tan libre, que dió motivo á graves sospechas acerca de su conducta: á otras se las acusaba de conversaciones indiscretas y demasiado jocosas, y aun hubo algunas que llegaron á componer versos en extremo amorosos.

Asi es que Marcial, Estacio y otros autores miraron su castidad como fingida y aparente. Butecio, esclavo de un caballero romano, declaró que su amo y otros jóvenes ha-



bian tenido trato ilícito por mucho tiempo con tres Vestales. Domiciano hizo castigar otras tres por su incontinencia. Antonino Caracala mandó dar muerte á cuatro. Lucio Casio hizo enterrar vivas á tres que se habian abandonado á los mayores desórdenes, y las cuales queriendo complicar en su delito un número considerable de ciudadanos de buena opinion, llenaron de inquietud á toda la ciudad. Hablando Minucio Felix de las Vestales, decia, que si la mayor parte se libertaban del suplicio, no provenia de que fuesen mas castas que las demas, sino que mas felices en sus delitos habian tenido maña para ocultarlos.

Dionisio de Halicarnaso refiere que en el consulado de Pinario y de Furio habiendo un gran número de prodigios consternado al pueblo, pues las mugeres sufrían una enfermedad contagiosa, en especial las que se hallaban embarazadas, las cuales parían las criaturas muertas, y ellas morían tambien á poco, declararon los adivinos que estos males no podían menos de provenir de que el ministerio de los altares se ejercía por gentes impuras y culpadas. Y como aunque se hiciesen públicos sacrificios y expiaciones á los dioses, no por eso cesase aquella calamidad, un esclavo acusó á la Vestal Urbinia de que con impuro cuerpo se atrevía á sacrificar á los dioses en favor del pueblo. Arrancáronla al instante de los altares, y habiéndola puesto en juicio, resultó convicta, por lo que se la castigó con pena capital.



Ya hemos dicho que la ocupacion mas importante y esencial de las Vestales, la que exìgia toda su atencion, era cuidar del fuego sagrado, que debia arder noche y dia, pues la supersticion de los romanos les hacia temer las mas terribles consecuencias si se llegaba á apagar, por lo cual parece que se relevaban las unas á las otras en la guardia, segun las horas que tenian señaladas. Entre los griegos el fuego sagrado se conservaba en lámparas, á las que solo una vez al año se echaba aceite; pero las Vestales romanas se servian para ello de ciertas estufillas ó fogones que tenian sobre el altar de Vesta.

Ademas de esto se ocupaban en ciertas oraciones y sacrificios que se egecutaban aun de noche: corrian por su cuenta los votos públicos de todo el imperio, y á sus oraciones se acudia en los mayores apuros como á último recurso.

La opinion de que el resplandor del fuego era de feliz agüero, exìgia necesariamente la idea contraria cuando llegaba á apagarse. Esta supuesta desgracia acaeciò muchas veces en Roma, en especial durante la segunda guerra púnica: consternóse toda la ciudad.

Tito Livio pinta con los colores mas vivos el supersticioso desconsuelo de los romanos entonces, pues acostumbraban suspender los negocios, y si era de noche se noticiaba al instante al público: todos dejaban el sueño, se ponian alerta y se juntaba el Senado: se inter-



rumpian las mas importantes ocupaciones, hasta que se castigaba el delito, se purificaba el templo y se renovaba el fuego.

La Vestal que por su descuido era causa de tan gran desastre, sufría en un parage obscuro y toda cubierta de un finísimo velo la pena de azotes de mano del Sumo Sacerdote. Dionisio Halicarnaso, nimiamente crédulo sin duda, refiere que una Vestal llamada Emilia se durmió una noche habiendo encargado á una jóven educanda que cuidase del fuego, mas esta tambien se rindió al sueño, con lo que llegó á apagarse: lo que sabido al otro dia, causó el mayor trastorno. Los pontífices creyeron que este mal provenia no solo de descuido, sino de que Emilia hubiese violado el voto de castidad; y como esta infeliz no pudiese ablandar el corazon de sus jueces con lágrimas y súplicas en las que protestaba de su inocencia, recurrió, dice el autor, á Vesta, y desgarrándose un pedazo del velo, le echó sobre el hogar, con lo que se renovó al instante el fuego.

En el orden natural este se renovaba con muy grandes ceremonias, pues segun nos dice Festo, se verificaba agugereando con una especie de taladro una tabla hecha de madera fácil de inflamar, y entonces las Vestales ponian en una vasija el fuego que provenia de aquel rápido frote, y le llevaban al altar: segun Plutarco, solo con el fuego del sol se podia reanimar ritualmente el de Vesta, y esto

\*



se hacia reuniendo sus rayos en un vaso de cobre ancho de boca, y estrecho en lo hondo : bajo de este vaso que tenia un agugerito habia varias materias combustibles que ardian con los rayos del sol reunidos de aquel modo.

Aun mas severamente castigadas, que las que habian dejado apagar el fuego sagrado, lo eran aquellas que habian violado su voto de castidad. Numa las condenó á morir apedreadas , y segun Festo , por otra ley posterior se las cortaba la cabeza. Se cree que Tarquino el anciano estableció el uso de enterrarlas vivas: á lo menos en su reinado fue cuando por primera vez se verificó este bárbaro suplicio que se siguió en lo sucesivo ; aunque sufrió ciertas excepciones , pues habiendo sido convencidas de incesto dos hermanas de la familia de los Ocelates , obtuvieron de Domiciano la libertad de escoger su suplicio.

Solo los pontífices tenian derecho de juzgar de las acusaciones contra las Vestales , las cuales podian defenderse ó por sí solas ó por medio de abogados. Se presentaban en el colegio sagrado presidido por el pontífice Máximo , para responder á los cargos que las hacian , carearlas con los acusadores , y sufrir nuevas y nuevas confesiones. Aunque segun el derecho civil de los romanos , no era permitido el dar tormento al esclavo para deponer contra su amo , la ley autorizaba este rigor con los de las Vestales , y aun á veces se daba tormento tambien á estas. Cuando el proceso se



hallaba en estado de sentencia, se pronunciaba esta á pluralidad de votos en el colegio de los pontífices. Llegado el dia del suplicio, cesaban todos los negocios, tanto públicos como particulares, reinando el terror y la consternacion en la ciudad: veíanse desconsoladas las mugeres, reunido el pueblo en corrillos, dudoso y agitado entre el temor y la esperanza por la suerte del imperio, cuyo bueno ó mal éxito dependia del suplicio de la Vestal, segun que habia sido justa ó injustamente sentenciada. Los pontífices presididos, por el Máximo, iban en procesion al templo, donde despojaban á la Vestal culpada de sus ornamentos sagrados, quitándolos sucesivamente sin ninguna ceremonia religiosa, aunque la presentaba el velo para que lo besase, poniéndola luego ropas lúgubres correspondientes á su situacion. Su dolor, sus lágrimas, por lo comun su juventud y belleza, la proximidad del terrible suplicio, tal vez aun la naturaleza misma del delito, excitaban sentimientos generales de compasion, que en algunos podian contrarrestar los intereses mismos de la religion y del estado.

Pero el resultado era que la encerraban en una especie de ataud atada y envuelta de tal modo, que era difícil oír sus gritos y lamentos, y la llevaban desde el colegio de Vesta á la puerta Colina, junto á la cual habia un cerro destinado por una extraña contradiccion á la mayor parte de los juegos y espectáculos





pópulares, y á este género de suplicios, y así era llamado *campo exécrable*.

El camino era muy largo, teniendo que pasar la Vestal por muchas calles y por la plaza mayor, adonde acudia curioso y azorado el pueblo para ver tan triste espectáculo, cuidando al mismo tiempo no encontrarse con el acompañamiento, por lo que se apartaban del paso, siguiéndola solo á lo léjos con profundo y melancólico silencio. Segun Dionisio de Halicarnaso, asistian los parientes y amigos de la Vestal derramando copiosas lágrimas. Habiendo llegado al parage del suplicio, el verdugo abria el ataúd y desataba á la infeliz muger: el pontífice levantaba las manos al cielo, y en voz baja hacia oracion á los dioses, sin duda en favor del imperio, cuya suerte se hallaba expuesta por la incontinencia de la Vestal. En seguida la cogia de la mano, estando siempre muy cubierta con su velo, y la llevaba hasta la escalera de mano por donde habia de bajar á la sepultura para ser enterrada viva. Entonces la abandonaba al verdugo, la volvía la espalda y precipitadamente huía de allí con toda la comitiva.

La sepultura venia á ser una cueva bastante honda, donde ponian pan, agua, leche y aceite, con una lámpara encendida, y un lecho en lo mas interior. Estas conveniencias y provisiones eran misteriosas, y como para salvar el honor de la religion hasta en el castigo de la Vestal, pudiéndose decir que ella misma



se dejaba morir. Apenas habia bajado al sepulcro, se quitaba la escalera y amontonando mucha tierra á la boca, la cerraban dejándola á piso llano.

Este terrible castigo no fue tan frecuente como por lo dicho podria creerse, pues habiendo durado el orden de las Vestales unos once siglos, en tan larga época solo hubo veinte convencidas de incesto, trece fueron enterradas vivas, y las otras siete murieron del suplicio que quisieron escoger ó por librarse de él se dieron muerte, como Caparonia que se ahorcó, segun asegura Eutropio.

El orden de las Vestales llegó en tiempo de los emperadores á su mayor grado de esplendor; pero como la luz pura de la verdadera religion fuese poco á poco desterrando las tinieblas del paganismo, hasta disiparlas del todo, decayó y concluyó enteramente esta tan antigua supersticion, de la cual podríamos decir que comenzó y acabó con el imperio.

Para completar el artículo, añadió doña Joaquina, quiero referir á vmds. dos anécdotas que prueban el respeto y veneracion que el pueblo romano tenia á las Vestales.

Los galos habian llegado victoriosos hasta las puertas mismas de Roma, con lo que el pueblo estaba en la mayor consternacion; los mas esforzados mancebos subieron al Capitolio para defender en él á los dioses y á los hombres: aquellos venerables ancianos que habian obtenido ya los honores del triunfo y del con-



sulado se encerraron en la ciudad para animar al pueblo á la comun defensa. En tan general trastorno, las Vestales despues de haber deliberado acerca de lo que harian para libertar á los dioses y á las riquezas del templo de la violencia y rapacidad de los enemigos, escondieron cuanto las fue posible bajo de tierra, cerca de la casa del sacerdote que presidia á los sacrificios, y lo demas lo cargaron sobre sus débiles hombros, huyendo por una calle que iba desde el puente de madera al Janículo.

Un plebeyo llamado Albino seguia el mismo camino en su fuga, con toda su familia que llevaba en un carro. Lleno de compasion y respeto al ver en tan triste estado á las Vestales, creyó que sería ofender á la religion el permitir que aquellas sacerdotisas, y como los dioses mismos caminasen á pie, y asi hizo bajar del carro á su muger y á toda su familia, y que subiesen en él no solo las Vestales, sino tambien los pontífices que las acompañaban, y aun hizo mas, pues que se apartó de su camino para llevarlas á la ciudad de Cere, que era su direccion, y donde fueron recibidas con tanto respeto, como en los mas felices tiempos de la república. La memoria de tan santa hospitalidad, dice Valerio Máximo, se ha conservado hasta nuestros dias, y del nombre de esta ciudad han tomado los sacrificios el de *ceremonias*.

Queriendo los tribunos del pueblo impedir



á Claudio el que hiciese su triunfal entrada en Roma, que habia emprendido ya sin su consentimiento, intentaron acometerle en medio de ella y derribarle del carro; pero como le fuese siguiendo su hija Claudia que era Vestal, acudió en su auxilio y se metió en el carro en el instante mismo en que los tribunos iban á derribar á su padre, y poniéndose entre éste y aquéllos detuvo sus atropellamientos, pues todo su furor no pudo menos de ceder al sumo respeto que se tenia á las Vestales. Con esto Claudio subió triunfante al Capitolio, y su hija al templo de Vesta, sin que se pueda decidir á quien eran debidos mas aplausos, si á la victoria del padre, ó á la piedad de la hija.

### *Las Vestales del Perú.*

Una de las cosas mas notables que se observaron en el descubrimiento de las Américas fue el haber hallado en el imperio de los Incas un establecimiento muy semejante al de las Vestales de Roma, sin que los historiadores hayan dado hasta ahora explicacion convincente del modo como haya podido suceder esto.

Habia en el Cuzco, antigua capital del Perú, una especie de convento donde habitaban las jóvenes vírgenes consagradas al Sol, las cuales debian ser de la sangre real de los Incas. Entraban allí muy niñas para que no hu-



biese duda de su virginidad, y eran guardadas con tanto cuidado y clausura, que era como imposible el que su honor sufriese mancha alguna, pues que no se las permitia trato ni comunicacion con personas de fuera, ni hombres, ni mugeres. Sin embargo, si á pesar de todas las precauciones, entre tantas vírgenes hubiese alguna que faltase á su obligacion, dicen los historiadores, la ley disponia que fuese enterrada viva, y su amante ahorcado. Pero porque se tenia en poca cosa el dar muerte á un hombre solo por una falta tan grave cual era la de violar á una vírgen consagrada al Sol, su Dios, y padre de sus reyes, disponia la ley, que sufriesen la misma pena que el culpado su muger, sus hijos, sus criados, sus parientes y todos los habitantes del pueblo en que viviese, hasta las criaturas de pecho, y que fuese arrasado, dejándolo desierto y maldito, no permitiendo que entrase en su recinto ningun viviente. Por fortuna que nunca llegó el caso de verificarse tan bárbara y extravagante ley.

Como la lectura de doña Joaquina hubiese durado mas de lo regular, la conversacion que á ella se signió fue corta, y se retiraron las damas quedando aplazadas para el siguiente dia.





Ayuntamiento de Madrid

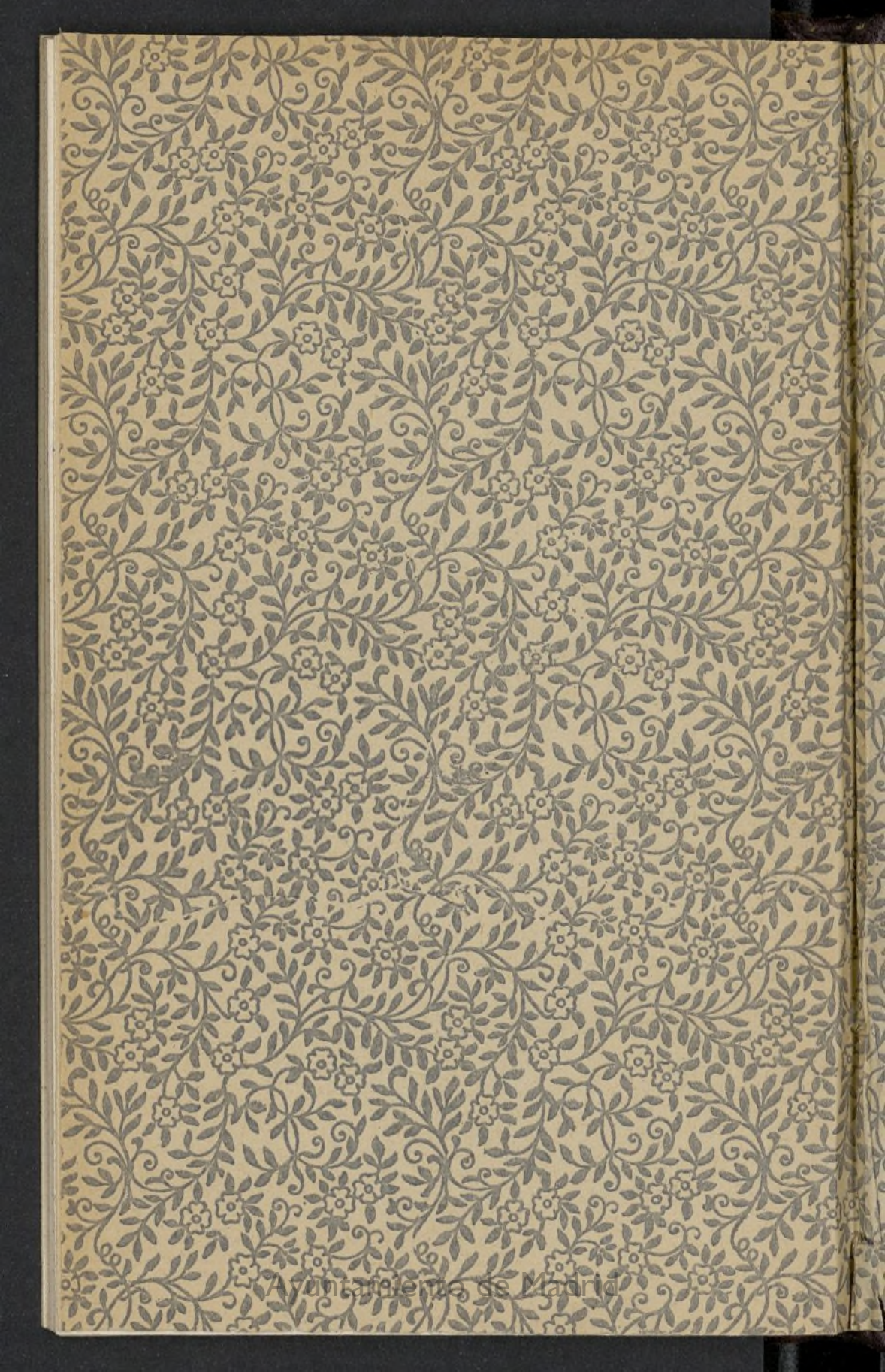






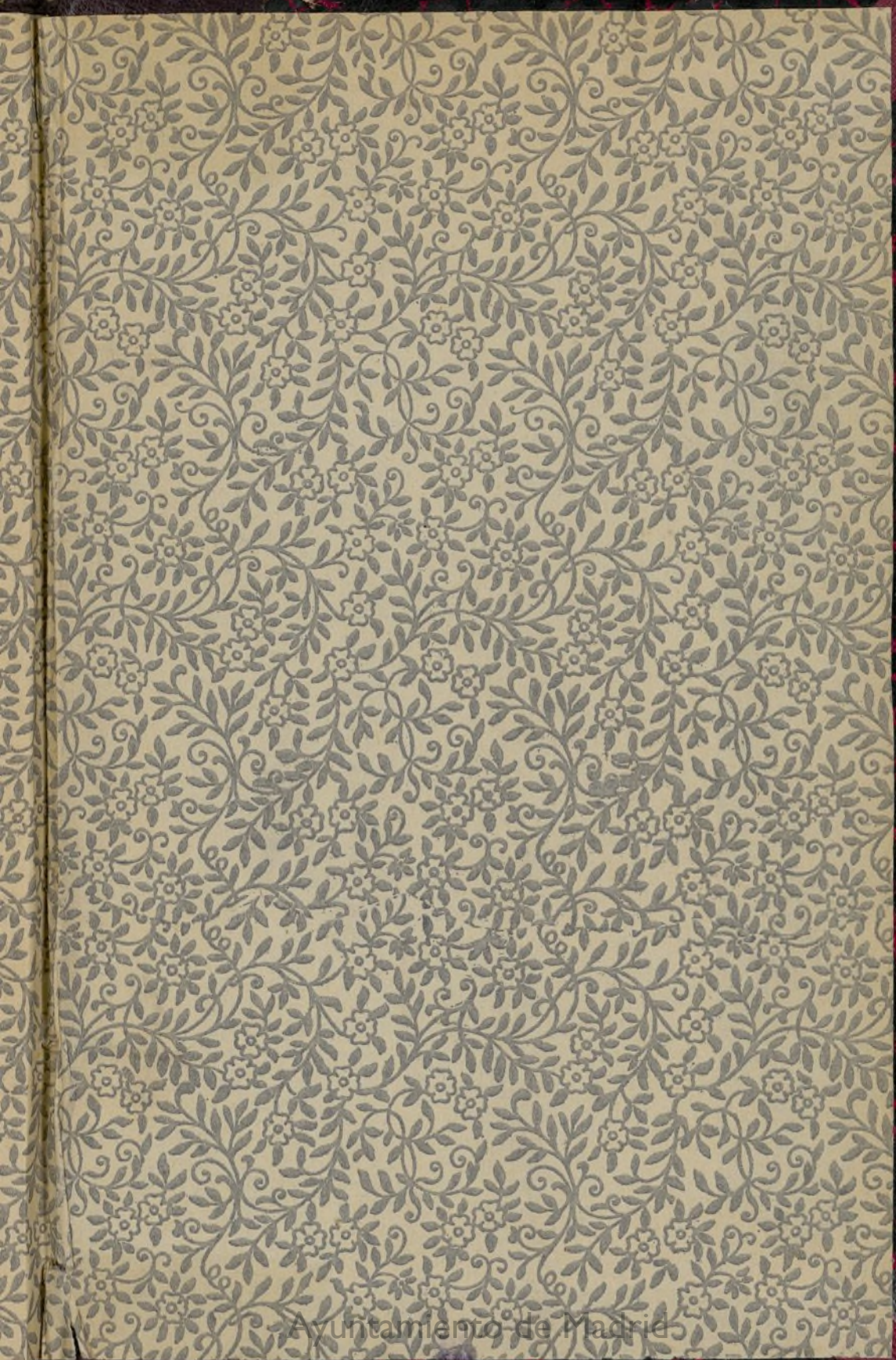
Ayuntamiento de Madrid





Ayuntamiento de Madrid





Ayuntamiento de Madrid



